

Editorial

Uno de los propósitos fundamentales de Calendarios y Almanagues desde que comienzan a imprimirse – recordemos el célebre Calendarium de Juan Regiomontano impreso en Nuremberg en 1473 y considerado como el primero que salió de una prensa – era pronosticar, es decir tratar de adivinar el futuro por medio de alguna señal. Los estudiosos de la historia nos dicen que cada época tiene su signo y exhibe características diferenciales; los especialistas en arte o literatura se atreven a denominar determinados períodos de tiempo con una palabra que defina las principales obsesiones y anhelos que entretuvieron a sus individuos. ¿Hay, entre las innumerables ocupaciones que llenan nuestras vidas, alguna peculiaridad común que las aglutine o que las sintetice? A sabiendas del riesgo que se corre al reducir o al sintetizar, diríamos que la obsesión por el poder, especialmente aquel que dimana de las cosas materiales: dinero, potentes motores en carrocerías lujosas, altavoces de volúmenes insoportables...tener u ostentar más, en suma. También el poder en la cantidad, en la estadística. Los Almanagues más optimistas de los primeros años del siglo XX ni siquiera imaginaron lo que la sociedad sería capaz de soportar en esa carrera despiadada de vencedores y vencidos. La soberbia, el orgullo, acaso la inercia, nos impide a estas alturas de la competición detenernos a pensar si merecía la pena el esfuerzo o el premio. Tal vez la vida tradicional haya perdido de antemano esa carrera, a la que además no estaba invitada, pero al menos está en condiciones de asegurar que “no era por ahí”.



S U M A R I O	
	Pág.
Bernal Francés y un estribillo gitano.....	75
José Manuel Fraile Gil	
Afilador en Tierras de Castilla.....	79
Ángel Cerrato Álvarez	
Un capítulo más allá del Quijote	86
Carlos Gijón	
Breves notas de toponimia a propósito de Urueña (Valladolid) (II).....	98
José Antonio Ranz Yubero José Ramón López de los Mozos	
Notas sobre la medicina tradicional en Mase- goso de Tajuña (La Alcarria, Guadalajara).....	100
Luisa Angel Rodriguez Lorenzo Martínez Angel	
El amor en el cancionero popular	102
Juliana Panizo Rodríguez	
Iniciación a la lucha leonesa	105
Jose Antonio Robles Tascón	
Los molinos de Lerma (Burgos) y el patri- monio etnográfico	107
Fernando Represa Pérez	

EDITA: Obra Social y Cultural de Caja España.
Plaza Fuente Dorada, 6 y 7 - Valladolid, 2001.

DIRIGE la revista de Folklore: Joaquín Díaz.
DEPOSITO LEGAL: VA. 338 - 1980 - ISSN 0211-1810.

IMPRIME: Imprenta Casares, S. A. - Vázquez de Menchaca, 64 - 47008 Valladolid

BERNAL FRANCÉS Y UN ESTRIBILLO GITANO

José Manuel Fraile Gil



El romance de Bernal Francés, al que gusto más llamar *La venganza del marido*, título que atiende y resume mejor el argumento de su fábula, pervive aún en la tradición oral peninsular especialmente en la antigua franja noroeste del dominio leonés, aunque como veremos su área de difusión llega hasta la misma cuna del Castellano en tierras de La Rioja. Con la conquista del Nuevo Mundo viajó entre los fardos de los aventureros a la América Latina y, aunque hoy muy debilitada, la historia se canta también entre los judíos de origen español. El *topos* universal de la adúltera sorprendida por el esposo ultrajado se cuenta aquí so capa de un capitán de los Reyes Católicos llamado Bernal Francés, que en las guerras de Granada (1482-1492) se hizo célebre entre la tropa por su insaciable avaricia. El sobrenombre de *Francés* -acaso de él derive el *Francisco* de las versiones castellanas y el *Fernando* de las americanas -pervive aún en gran parte de los textos portugueses de la tradición moderna; pero lo que más llama la atención de este romance es sin duda el que la acción se sitúe desde el principio *in media res*, manteniendo en vilo la atención del auditorio hasta el terrible desenlace que, al ser ella y no él quien infringe el código moral en boga, bien puede imaginar el lector cuál sea. Pero no es éste el lugar nel que tratar con despario origen, argumento ni difusión de esta terrible historia, pues doctores tuvo la iglesia que lo hicieron sin duda con mayor acierto(1); vamos a ocuparnos tan sólo del estribillo que en muchas versiones marca el ritmo y compás del canto, para intentar encender luz al nuevo Hero que pre-

tenda navegar por el piélago de la música en el Romancero, terreno que salvo muy honrosas excepciones está aún poco hollado(2).

Para familiarizarnos con la historia que atendemos, veamos una hermosa y arcaizante versión recogida en la Requejada zamorana(3) cuyo estribillo, si no se ajusta plenamente a la idea que más adelante propondremos, deriva eso sí de aquel mismo tronco que la tradición se ha encargado de reverdecer con diferentes retoños.

LA VENGANZA DEL MARIDO (1)

- ¿Quién pica a mis tristes puertas? *doni ana*
¡Mi Dios! ¿Quién estará allí? *dona de*
- 2 ¡Mi Dios, si será la muerte! ¡Mi Dios, si vendrá por mí!
¡Ay, si será Simón Blanco! lejos tierra está de aquí.
- 4 -Abre, que soy don Francisco a quien tú sueles abrir.
-Levántate mi criada a don Francisco abrir.
- 6 -Levántese usté, mi ama, que con usté ha de dormir.-
Levantóse Magdalena más le valiera dormir
- 8 hízole una rica cena ni bocado que probase
púsole una rica cama nella no quiso acostarse
- 10 Magdalena fue a la cama don Francisco quedó allí
a eso de medianoche, Magdalena soñó así:
- 12 -¿Qué tienes tú don Francisco no solías ser así
o te han corrido los moros o te han dicho mal de mí.
- 14 -Ni me han corrido los moros ni me han dicho mal de ti
tengo miedo a tu marido no venga y nos coja aquí.
- 16 -No temas a mi marido lejos tierra está de aquí,
ni temas a la justicia que mi padre es aguacil.-
- 18 -Va y llama a tu padre y madre si te quieren ver morir.
-Mal hayan mi padre y madre desde la hora en que nací.
- 20 -No los maldigas, traidora que tú lo has querido así.
Levántate, Magdalena que te quiero ver vestir.-
- 22 Puso saya sobre saya y un jugón de sangretíl.
Su gargantilla encarnada para sus pechos gentil.
- 24 -Dí la confesión, traidora, que te quiero ayudar nella.-
Y al decir: señor, pequé... el corazón le atreviesa.

Buena parte del manajo de versiones que yo mismo recolecté o que me allegaron las buenas gentes del Romancero parece ceñirse por el cordel de un estribillo que anima el canto y que hace recaer el ritmo en la última -í con que remacha sus eslabones esta cadena de hemistiquios. Incluso las versiones catalanas, italianas y portuguesas acentúan invariablemente la cadena de sus eslabones con esa í que tiene su más cantarina expresión en la palabra candil, ausente de este texto zamorano pero muy presente en la mayor parte de las versiones de este romance que han llegado hasta nosotros siempre por tradición oral; ya que la historia no pareció merecer el

aplauzo de los recolectores que en los siglos XVI y XVII llenaron las prensas de la época con sus *romanceros, silvas, flores, cancioneros...*

La tradición romancística del lugar cacereño denominado Arroyo del Puerco (hoy Arroyo de la Luz) ha conservado un espléndido texto de este Bernal Francés que, como el resto de las historias que allí se cantan, se bailaban en *corros* por tiempo de carnaval, cuando callaban las panderetas, el tamboril y la gaita; llamaban allí precisamente *el corro del candil* a nuestra historia(4). Incluso las versiones judeo-españolas que muy maltrechas han llegado hasta nosotros desde la otra esquina del Mediterráneo Oriental siguen dale y venga *amatando* el candil dorado de la protagonista, bella imagen de la muerte que en ella se anuncia:

Oyó un bate en la puerta -¿Quién es que bate y aquí?
2 -Yo soy yo el piligrino el que uso a venir.-
Tomó candil d'oro en mano juntos se fueron a abrir
4 abríole la media puerta y la media por abrir
tomóse mano con mano juntos se fueron a dormir
6 -Ca' amanesca la mañana vos cortaré un buen vestir
vos cortaré gargantera que ya quisieye el visir.-.(5)

El motivo de la muerte como colofón de estos versos un tanto inconexos ya está presente en ese *vos cortaré gargantera* que pone el texto turco en relación directa con la *gargantilla encarnada* de la versión zamorana de suso y con la *gargantilla colorada* con que obsequia el ultrajado marido a la protagonista de la versión arroyana que ya hemos comentado. Esta *delicadeza* de que usa nuestro marido es otro motivo que adorna con frecuencia la poesía tradicional judeo-española, pues tropezamos con ella en otro romance que suele ser ejemplo del género llamado *mujer adúltera*. En la historia de Landarico, el rey turba la soledad de la reina que en su tocador sin duda aguarda la presencia de su amante; despechado, el marido parece dispuesto a perdonar cuando arteramente pronuncia aquello de:

El rey esvaneió su spada, la cabeza l'hay cortado
Ya te lo pedroní, reina, con un yerdán corelado(6).

Pero volvamos al canto, al estribillo y a las melodías con que se cantó y aún se canta *La venganza del marido* alboreando el siglo XXI. El estribillo zamorano *doni ana - dona dé* rompe taxativamente el ritmo de la í que la versión mantiene, salvo en dos momentos en que parece discurrir por un par de sinuosos meandros que en áe y éa (vs.8-9 y 24-25) quiebran el discurso de su fábula atrayendo aún más si cabe, por sorprendida, la atención del auditorio. Pero lo corriente es que estos estribillos se adhieran a la constante rima del romance con una fijeza tal que, a pesar de la dispersión geográfica de las versiones, un no sé qué de origen común se ventea al escucharlas.

Veamos un par de ejemplos extremeños:

-Abre María la puerta, la dini dana
abre, Mariquita, aquí, la dana y dí.(7)

-Abre la puerta, Emiliana la dini dana
-Ábrela tú, flor de alí, dana y dí.(8)

Y aún hay ecos de este refrán en áreas más distantes al antiguo dominio del leonés, como en la sierra madrileña:

-Levántate, Teresita, con la din dana
levántate, flor de lis, con la dina y din.(9)

En la tierra riojana, hasta hoy tan poco explorada:

-¿Quién es ese caballero, la dini dana
que a tu puerta llama a abrir? la dana din.(10)

-¿Quién es ese caballero, la dili dana
que a mi puerta ha dicho abrir? la nada din.(11)

Y aún tropezaremos con la cantinela en plena serranía de Cádiz:

Tran tran, que a la puerta llaman di, diana
tran tran, yo no puedo abrir di, diana, di.(12)

Lo cierto es que nuestro romance debió de adherirse a una música ya en boga que, por su estribillo en -í, fue anillo que se ajustó sin holgura a la métrica y asonancia del Bernal Francés. Este mecanismo de simbiosis fue harto frecuente hasta que la aparición de los medios técnicos facilitó enormemente la difusión y el aprendizaje de las melodías. Hasta bien entrado el siglo XX muchos pliegos de cordel se titulaban con esta apostilla: *para cantar con la tonada de...*

En la tradición judeo-española encontramos un caso muy semejante al de nuestro Bernal Francés: se trata de una versión de *Las señas del esposo* asonantada en í, como es frecuente en el área balcánica, que encontró el caracol donde instalarse en una canción turca con un estribillo de queja amorosa que nada tiene que ver con la trama del romance, si no es la í -acentuada- que comparte con ella. Veamos el ejemplo que procede de Esmirna:

Arbolera, arbolera arbolera tan gentil
la raíz tiene de oro, la simiente de marfil.
A, Ganem, dostum guideyim.(13)

Pero, ¿podremos saber algún día qué canción se ligó con la historia de nuestro Bernal Francés? He podido localizar al respecto unas cuantas referencias clásicas que voy a enumerar para su conocimiento; y el que más sepa que más diga.

Góngora publicó una letrilla sacra en 1609 en la que dice *zoberana* por soberana, imitando así, como era corriente en la época -como hizo Cervantes en su *gitanilla*- el habla ceceosa de los gitanos. He aquí la letrilla:

A la dina, dana dina, la dina dana,
vuelta, zoberana;
a la dina, dana dina, la dina dana,
mudanza divina.

Y al poco Lope, en *La madre de la mejor* (escrita entre 1610 y 1612), publica estos versos:

A la dana dina, a la dina dana,
a la dana dina, Señora Divina,
a la dina dana, Reina Soberana.

Y no contento con reutilizar aquí el manido estribillo, vuelve en *Pastores de Belén* (1612) a usar la glosa modificando el orden, pues los versos 3 y 4 pasan a ser el primero y segundo en estribillo independiente. Valdivieso, en *La amistad en el peligro*, vuelve al mismo lugar común:

A la dina dana, la linda gitana,
a la dana dina, la gitana linda.

En la *Mojiganga de la gitanada*, de hacia 1670, leemos:

Ahora llega una danza haciendo lazos de versos,
que vienen a servir, humilde, a tan soberano dueño.
Por no perder la costumbre del estilo pedigüeño
que acostumbran los gitanos vienen cantando estos versos:

A la dina dana, la dana dina,
canten y bailen las gitanillas.

Siguen luego haciendo unas mudanzas con pañuelos y bailan después un villano vuelto a lo divino con la siguiente copla:

Hoy al hombre se lo dan,
carne y sangre, vino y pan.
Las gitanas y gitanos

zapatean con las manos
y, son que el compás se pierda,
con la derecha y la izquierda,
y al son de aquestas tablillas,
hemos de hacer maravillas.

La fiesta terminaba bailando una chacona con castañetas.⁽¹⁴⁾

Como vemos, todo el siglo XVII está lleno de estas referencias a las canciones que los *egipcianos* hicieron famosas desde su llegada a España a fines del siglo XV, y que aún hoy perviven en manifestaciones como los *balls de gitanes* de Cataluña. No me parece arriesgado concluir que ese *dí* de las letrillas gitanas se complementó con la *-í* de nuestro romance, y en él encontró asiento duradero hasta nuestros días.

NOTAS

(1) Véase los comentarios al romance de MENÉNDEZ PIDAL, Ramón, en *Romancero Hispánico*. Ed. Espasa Calpe, Madrid 1968: *Obras completas de...* Tomo IX, vol. 1, pág. 361., entre otras citas. También en *Flor Nueva de Romances Viejos*, Col. Selecciones Austral, Nº 10, Ed. Espasa Calpe, Madrid 1980, pág. 123 y en *Los romances de América y otros estudios* Col. Austral, Nº 55, Ed. Espasa Calpe, 7ª edición, Madrid 1972, cap. *La adúltera* pág. 23.

(2) Véase al respecto la meritoria obra ETZION, Judith y WEICH-SAHAK, Susana: *The Spanish and the Sephardic romances: musical links*. En *Ethnomusicology* Ed. Tel-Aviv University, vol. 32 Nº 2 (Primavera-verano) 1988. Págs. 1-37.

(3) Versión cantada por Victoria Centeno Centeno, de 47 años de edad, natural de Doney de la Requejada (Zamora). Se grabó en Baracaldo (Vizcaya) el día 7 de Febrero de 1989 por J. M. Fraile Gil y Gustavo Cotera.

(4) En la impresionante audición de los discos que en España dejó Schindler (hoy, como tantas fuentes de nuestra memoria, reservada sólo a unos pocos) puede escucharse la voz de un hombre, probablemente un erudito local, que anuncia así el canto de nuestro romance: *Corro del candil, Arroyo del Puerco, Cáceres, interpretado por la señorita Julia Payí, fiel intérprete de estos típicos corros arroyanos*.

SCHINDLER, Kurt: *Música y poesía popular de España y Portugal* Centro de Cultura Tradicional, Diputación de Salamanca, 1991; Nº225. En la década de los cincuenta del siglo que acaba de finalizar, otro meritorio investigador, esta vez norteamericano, volvió a salvaguardar para nosotros un hermosísimo registro de nuestra historia que puede oírse en LOMA, Alan: Col. *The storic series: World library of folk and primitive music vol. 4, Spain*. Cambridge. Massachusetts, 1999. Corte 15: *Larín Larero*. Y nuestro Bernal Francés volvió a grabarse en Arroyo para aparecer en un magnífico LP doble que tuve el honor de editar: *Canciones y romances de Arroyo de la Luz (Cáceres)* Ed. Saga. S.A. ref. VPD-1089/90, Madrid 1985, disco 2, cara A, corte 2. El texto de este romance se publicó también por GARCÍA REDONDO, Francisca: *Cancionero Arroyano* Ed. Insitución cultural El Brocense, Cáceres, 1981. Pág. 49, aparece con el título *corro del larín larero*.

(5) Versión cantada por Bienvenida Aguado, nacida en Chakakalé (Turquía). Fue grabada en Jerusalén en 1993 por S. Weich-Shahak, quien amablemente me cede la primicia de su publicación. Transcribo lo más literalmente que me es posible el habla de la señora Aguado, teniendo en cuenta que juntos debe leerse como *yuntos*, diferenciación que debería hacerse por acentos diacríticos sobre las consonantes. Los dos últimos hemistiquios dobles 6 y 7 aparecen en el canto de Bienvenida encabezando el texto; bajo mi criterio los he colocado al final, como desenlace de la historia, dado que para la propia informante la trama del romance no queda ya muy clara

(6) Versión de Sofia, Bulgaria, cantada por la señora Milka David y recogida por Susana Weich-Shahak a quien una vez más he de agradecer la cesión de sus materiales. La palabra *yerdán* es un préstamo turco que significa collar. Una reconstrucción de esta versión puede escucharse en Arboleras II, Ed. Saga S. A., ref KPD. 10.966, Madrid 1997. Corte 9.

(7) Versión cantada por Carmen Diosdado y su madre Juana Morales en Cañamero (Cáceres). Fue recogida durante el verano de 1983 por J. M. Fraile Gil.

(8) Versión de Madrigalejo (Cáceres) cantada por Sebastiana Lago García de 83 años de edad. Fue grabada en Parla (Madrid) el día 3 de Febrero de 2001 por J. M. Fraile Gil y M. León Fernández.

(9) Versión de Robregordo de la Sierra, publicada parcialmente por GARCÍA MATOS, Manuel: *Cancionero popular de la provincia de Madrid*. Ed. CSIC, Instituto de Musicología, Barcelona-Madrid 1951, Tomo I, pág. 97, Nº 180.

(10) Versión de Villamediana de Iregua (La Rioja) cantada por

Ovidia Luezas Lapuente, de 81 años de edad, recogida en Logroño el día 6 de Agosto de 2001 por J. Asensio García, quien está realizando una revisión absoluta de la tradición oral en aquella Comunidad cuyos resultados son más que sorprendentes.

(11) Versión de Muro de Aguas (La Rioja) cantada por Adela Pérez Ibáñez, de 62 años de edad. Fue grabada en Logroño el día 8 de Noviembre de 2000 por J. Asensio García.

(12) Versión de Arcos de la Frontera (Cádiz) cantada por José María Capote y Josefa Benot en Septiembre de 1982. Publicada por ATERO, Virtudes y PIÑERO, Pedro *Romancerillo de Arcos* pág. 68. Puede escucharse en el doble LP titulado *Páginas inéditas del folklore español*. Temas 1-8, *El cancionero de Arcos de la Frontera* patrocinado por el Ministerio de Cultura, Dirección General del Libro y Bibliotecas, Ed. Dial Discos S. A., Madrid, 1983. Para las versiones andaluzas véase el estudio de ATERO, V. y PIÑERO, P. *Bernal Francés, un tema renacentista en la tradición moderna Arcense. Homenaje al profesor Alonso Zamora Vicente*. Ed. Castalia, Madrid.

(13) Versión procedente de Esmirna (Turquía) cantada por Rahel Altalef, fue grabada en Israel por Susana Weich-Shahak, quien amablemente me cedió su uso. Las palabras turcas, que sin duda proceden del estrato anterior de canción lírica que tuvo el romance, significan ¡Oh, mi alma, mi amigo, vámonos! Una reconstrucción puede escucharse en Arboleras II, Ed. Saga, S. A. Ref. KPD 10.966. Madrid 1997, corte 3.

(14) Aunque como en tantas otras bregas fue Cotarelo y Mori quien abrió brecha, tomo esta referencia de AA.VV: *Historia del Flamenco*. 2 vols. 1995. Obra dirigida por NAVARRO GARCÍA, José Luis y ROPERÓ NÚÑEZ, Miguel.



AFILADOR EN TIERRAS DE CASTILLA

Angel Cerrato Alvarez

A los alumnos de C.O.U "B" de Maceda del curso 2.000 -2.001. Y ellos saben por qué.

Es de sobra conocido que la patria de los afiladores es Orense. Unas tierras enclavadas en el Sur -Este de la provincia: los municipios de Nogueira de Ramuín, Castro Caldelas, Xunqueira de Espadañedo, Xunqueira de Ambía y Allariz. El núcleo central es Nogueira de Ramuín.

Zona de media montaña o de pura montaña, dura de trabajar, con suelos superficiales, bosque denso o monte bajo, de mucha lluvia en invierno y escasa en verano. Con temperaturas relativamente suaves y húmedas. Con una tupida red de regatos y arroyos, y ríos cortos y bulliciosos. Con centeno, maíz, *patacas* y *liño*, como cultivos primarios; huertas abundantes, castaños, *carballos*, *bidus*, alisos; vacas, *porcos*, algunas ovejas, *pitas* e *coellos*, y abundantes árboles frutales.

Con sabios y ancestrales sistemas de trabajos comunitarios, distribución de tierras, reparto de aguas, trazado de caminos, y adaptación al medio del instrumental de trabajo. El trabajo del campo se completaba con oficios también ancestrales: *ferreiros*, *muineiros*, *canteiros*, *coireiros*, *cesteiros*, *albardeiros*, *tecedeiras*, *costureiras*, *carpinteiros-carreteiros*, *oleiros*, *carboeiros*...

Las ferias de la tierra completaban un mundo de intercambios y comunicaciones vitales. El gran centro de atracción eran las ferias de Xinzo de Limia.

Con humildes casas campesinas nacidas de las entrañas de la tierra, mas viejas construcciones de conventos, *pazos*, iglesias o castillo.

A lo largo de los siglos XVIII y XIX y primera mitad del siglo XX, abundaron las familias numerosas, la tierra se dividía, los impuestos eran asfixiantes, el caciquismo profundo, los hombres tenían que cumplir con la obligación del "servicio al rey" - guerras de Hispanoamérica, Marruecos, Cuba, Filipinas; una denigrante sangría; y para remate, la Guerra Civil; y las gentes buscaron soluciones: siegas en Castilla, emigración, y lanzarse por esos mundos de dios tras la rueda de afilar.

La vida de estas tierras ha cambiado vertiginosamente, irreversiblemente, y lo ha hecho para bien y para mal. Ha destruído el sabio entramado

de vivencias vitales, y ha aportado un bienestar biológico nunca conocido. Pero los viejos fruncen el ceño. Se les prolonga la vida, tienen hospitales y medicinas, pero se les ha destruído la comunión con la tierra, con las gentes, se les ha matado la Naturaleza. Sus nietos son otro mundo, por la casa de los abuelos suele estarse de paso, no cantan, bailan lejos de las carballeiras y ermitas, y mueren por carreteras y *pistas*. Muchos de los ancianos acaban en hermosos asilos, bien cuidados, pero fuera del calor de la tierra y del *agariño* del aire, del bosque, del agua y de los animales, de los sonos, leyendas y tradiciones que les vieron nacer, crecer, amar o emigrar. Contemplan impotentes que, por no tener, no tienen ni quien les escuche, y que se irán a la tumba con centenares de años de vida estrangulada y ahorcada irreversiblemente.

Aún es una gran suerte encontrar personas de otros tiempos, ejemplos que desaparecen irreversiblemente, que personifican todo un mundo pasado, hundido, o destrozado a conciencia. Hombres o mujeres fuera de lo común.

Espero no defraudar. Porque la vida de Félix González, afilador por necesidad, es una muestra irrefutable de aquella casta de hombres que personifican la lucha por la vida en condiciones que nos parecen de ensueño.

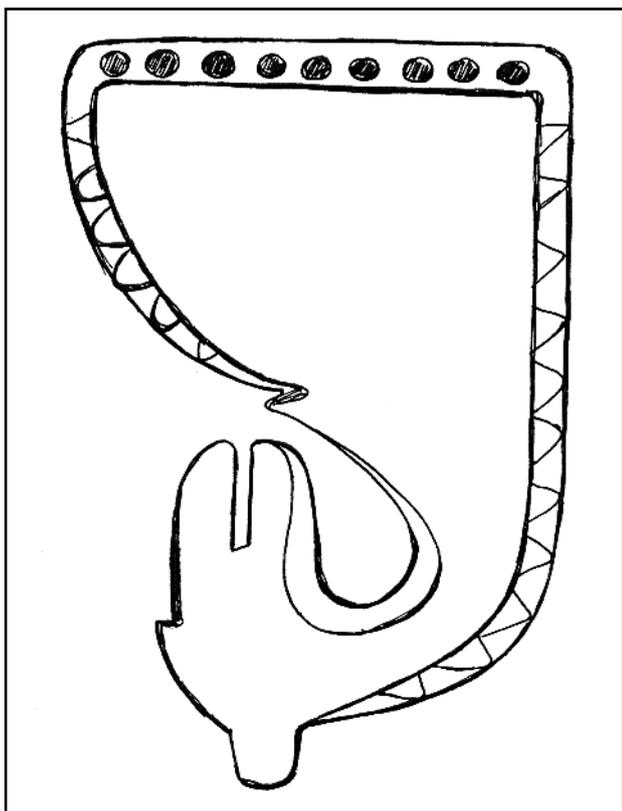
Y como afilador presenta una novedad añadida, que fue la que me llevó a entregarla a la prestigiosa Revista de Folklore: centró su trabajo en Castilla, por tierras de Valladolid y de Segovia. No era frecuente. El campo de trabajo de estas personas nacidas donde nacieron se diversificaba por tierras gallegas, portuguesas, asturianas, e hispanoamericanas -que tentó Félix González-; también deambularon por toda la mitad Norte de España, por la mitad Sur, por el corazón de Europa, y hasta por India y Pakistán.

Con raras y típicas expresiones de gallego, y tras cincuenta años de estancia en Valladolid, Félix González ha asimilado la tierra, la lengua, el aire, la sangre de Castilla. Pero no ha perdido la raigambre de astucia, precaución, humildad, tesón, trabajo, generosidad que caracterizan o *sanguie galego*, que hacen fructificar al gallego fino y que, en lengua propia de los afiladores, habría que honrarle con las altas cualidades de un verdadero *naceiro*, ¡ un varil!

Como introducción necesaria al trabajo de afilador -afilador- se precisa describir los dos instrumentos de trabajo: la rueda, -a roda o atarazana, y el chiflo, -o asubiato-.

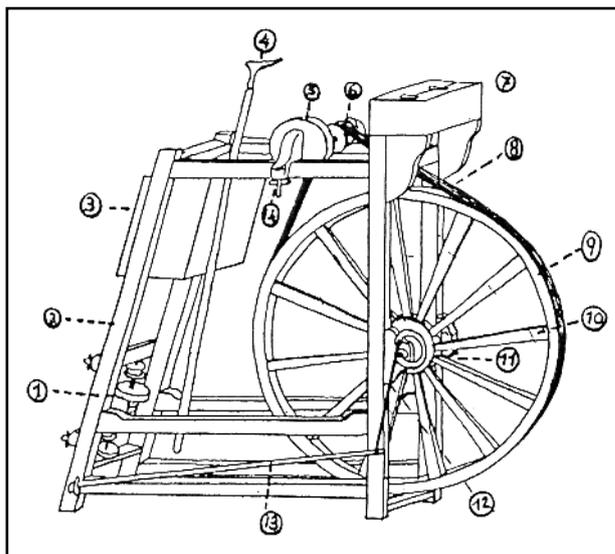
EL CHIFLO:

El "chiflo", era el reclamo. El mejor era el de madera de boj. El número de agujeros era variado y se precisaba suavizarlos con aceite de oliva con una pluma. El afilador emitía "sones", "tonadas" -no gustan de llamar canciones, si bien los más virtuosos interpretaban muiñeiras de la tierra gallega, pasodobles, canciones de siega, etc. - Eran melodías muy parecidas a las de los capadores, pero las gentes de los pueblos las distinguían perfectamente. *O asubio* del afilador eran melodías breves, incisivas, brillantes, potentes, sonoras, rematadas en un relampagueante arpegio de notas graves a agudas, y formaba parte integrante del sentir de pueblos y aldeas. -"por lo bien que tocas, te vengo a afilar", le decían al Sr. Félix González. Y Julio González, *O Rodelas*, recorría los caminos de Portugal seguido de un tropel de gentes encantadas con sus sones; se presentó a un concurso de canto popular en Lisboa y quedó el segundo, el instrumento con que se acompañó fue el chiflo. Se arrancaba a cantar por los caminos, y en tiempos más recientes arrastraba la rueda atestada de grabadoras y magnetófonos.



LA RUEDA

Inteligente y sencillo instrumento de trabajo. La estructura que se ofrece es la más general. Lógicamente sufrió cambios variados a lo largo del tiempo. Permitía ser utilizada en el trabajo y en los desplazamientos. En los desplazamientos era muy útil para transportar el material, el resto de los utensilios, y hasta la ropa. En el trabajo ofrecía sujeción y estabilidad, mayores que cuando se montó posteriormente sobre bicicleta o sobre moto. Como dice Félix González, antiguamente se llevaba a hombros sobre un palo.



1. nogais ou rebolos, 2.armación, 3.caixón, 4.bigornia, 5.rebolo, 6.polea do rebolo, 7.caixón, 8.correa, 9.volante, 10.ra dio, 11.eixe, 12.cegoña, 13.pedal, 14.peito.

- A los 18 años fui llevado al frente y estuve cuatro años. Me licenciaron. Busqué trabajo en Galicia, casi no había. Me lancé con un pariente a buscar fortuna con la rueda por tierras de Segovia. Pasados tres meses me volvieron a llamar a la mili. Estuve dos años más, uno en Ribadavia, Orense, y otro en Santa Eufemia de Ribeira, en la costa. En el año de Ribadavia me concedieron un permiso y volví a Valladolid con la rueda. Tuve suerte porque nunca pegué un tiro. Estuve lleno de piojos, pasé mucha hambre, ganaba dos reales al día y estropeé mi juventud. Un hermano mío llegó a capitán en la zona roja. Me envió una carta al frente de Medellín y me aconsejaba que aprendiese a escribir al dictado, que me instruyera, que era la forma entonces de salir adelante. Cuando vio que aquello acababa invirtió los ahorros en trajes y ropa. Se cambió de bando, se alistó en la división azul y desapareció en los campos nazis de batalla. Tentó la suerte y la fortuna le

dio la espalda. Hacía treinta años que no le había visto.

Así comienza el relato de su vida. Félix González nació en Piñeiroá, aldea de Castro Caldelas. Su padre emigró a Cuba. Anduvo de ambulante y cuando se pasó a trabajar a las canteras un barreno acabó con su vida y la de ocho obreros más. Félix tenía tres años. Tenía dos hermanos más. A los ocho años su madre le puso a servir y le encargaron cuidar las vacas. En los días de lluvia le mandaban a la “escuela”, pero llovía demasiado. Cuando tenía once años, su madre volvió a casar. Compró una rueda de afilar de segunda mano que le costó 40 duros. Un pariente le enseñó lo más rudimentario: colocar los cuchillos y las tijeras en el afiladero de la rueda. (1)

Pasados los primeros cuatro años de mili -del 38 al 41 - y licenciado de la primera remesa, buscó un trabajo en Galicia. Era difícil colocarse. Pagaban tres pesetas y mantenido o cinco pesetas a secas; pero algo encontró: la roza de tojos -toxos-, la tala de árboles y la raja de los troncos. (2)

- La roza de los tojos es muy dura. Para rozar cinco carros de monte empleé cinco días y cobré cinco duros. Una miseria. Y había que tener valor para abrazarse a ellos y subirlos al carro.

Decidió venirse a Valladolid y aterrizó en Teresa Gil con Manuel, pariente afilador consagrado ya. Y se lanzó con la rueda por los caminos de Dios.

Su bautismo profesional lo tuvo en Zamarramala, Segovia, le salió tan mal que no le pagaron. Pasaron a Cantimpalo y luego a Escarabajosa. En Escarabajosa cambió su suerte. Cayó bien a las mozas y afiló una buena tacada de trastos. Subió el precio, de media peseta -dos reales- a una peseta por pieza.

- Me dije, qué joder, he caído bien y voy a ganar. Manuel, el pariente, se espantó y no lo subió más.

Pasaron a Carbonero el Mayor, Bernardos, Santa María de Nieva “-un pueblo de mucho postín-”, Navas de la Asunción, Coca, Navas de Oro, Samboal, Narros, Carracillo, Cuéllar, Sarracín, Chatún, Campo de Cuéllar. En Carracillo se encontró con un viejo amigo del frente. Le recibió, le tuvo de huésped, no le cobró nada. El viejo amigo era la familia más rica del pueblo, tenían hacienda, carnicería, panadería, cantina y hasta el baile del pueblo.

- Cuando ganaba cinco duros era un día grande. Cuando sacaba 7-8 duros, estaba fuera de mí. Pero se ahorra poco. Había que pagar la comida y la cena. Escabeche de barril, cebolla, pan y

vino, y medio kilo de filetes, -el kilo estaba a 16 pts- para comer. Para cenar, escabeche, 2 pts; más dormir en tu saca, 1 pta. No quedaba mucho. Ahorré sin embargo 500 pts en un mes. Una hermana mía me informó que en Barcelona un obrero cobraba sobre 20 pts diarias y se les iban en patrona. ¿De qué vestían, de qué ahorran? Así que me agarré a la rueda. (3)

El camino se hacía andando y empujando la rueda. Cuando descansaba la apoyaba sobre las cuatro patas y la rueda quedaba en el aire. El número de kilómetros estaba en función de la distancia de los pueblos y del trabajo. Con la rueda llevaba el afiladero, más un esmeril para pulir, el cajón de los trastos, la saca, la manta, la escasa muda y un capote de soldado, 60 kilos.

- Y nunca llevé la rueda al hombro en un palo como hacían los antiguos. Con la rueda andando había que calibrarla bien, empujarla con pulso; si no, te volcaba. Con la rueda seguí cinco años más. La llevé a Venezuela y allí la vendí y la sustituí por una bicicleta.

Como ejemplo de caminata orgulloso la que se dio cuando le agarró el deseo de irse a las fiestas del Corpus de Orense. Eso fue en el permiso de la segunda llamada a filas que pasaba en Ribadavia.

- Tenía dos novias, una en el mismo Ribadavia y otra en Orense. Estaba en Cuéllar. Era el mes de junio. Me puse en camino a las cuatro de la mañana. Llegué a Santiago del Arroyo, me dieron de almorzar en la bodega y afilé gratis. Seguí a Arrabal de Portillo y volví a afilar; llegué a Aldea Mayor y afilé de nuevo. Entre los tres pueblos había afilado más de 120 piezas. Gané 60 pts de las del año 42. A las cuatro de la tarde estaba en Valladolid, habría hecho 50 kilmts. Tenía los pies machacados y los brazos hechos polvo. Dejé la rueda en la posada y volé a Orense. Me hice un traje a la medida que me costó 40 duros, dormí en casa de unos amigos, y comí en el cuartel de S. Francisco disfrazado de soldado. Y conquisté a la de Orense con quien después me casé.

Se casó en Pontevedra, dejó a la mujer en casa de los padres de ella y volvió de ambulante con la rueda un año y medio más.

Se estableció en Valladolid, trajo a la mujer, y alquiló un piso en El Barrio España por 20 duros mensuales. Estuvo 9 años y nunca se lo subieron.

- Seguía queriendo ganar más. Así que levanté el vuelo y decidí marchar a Venezuela. Eran el final de los años 50 y tenía ya familia, una hija de 9 años y otra de 5. Mi mujer marchó con las hijas a su tierra de Pontevedra, y llevamos allí los trastos de la casa. Yo anduve tres meses por tie-

rras de Valladolid, gané 10.000 ptas. y me embarqué. Me costó 625 ptas el barco, 6.000 el pasaje, y estuvimos 10 días de travesía. Conmigo iban la rueda y los cajones. Dejé asegurada a mi mujer con 8.000 ptas que me prestó un amigo cubano. Me las prestó sin intereses y a fondo perdido. Los papeles nos los hizo un maestro republicano de vida tormentosa que había montado mítines contra Franco. Yo llevaba 80.000 ptas.

En Venezuela le esperaba un primo segundo, joven, de 19 años. Corrió con todos los gastos de los comienzos y Félix González le regaló unos zapatos nuevos y una gabardina que traía de su madre. El oficio de afilador lo desarrolló en Caracas por calles, quintas, pisos de altos edificios y plazas. Caracas era una populosa ciudad de unos 4.000.000 de hab. Se encontró con otros afiladores gallegos y algunos italianos. Podían hacer el día a medias. Nunca tuvieron competencia desleal. En algunas moradas se encontraban con criadas gallegas. Vivían en “hoteles” y Félix G. prefería dormir con dos o tres más porque salía más barato. Comía carne y gran cantidad de plátanos. El agua era fría. Hacía mucho calor. El mejor amigo afilador era de Castrocaldelas, un águila en el oficio. Este amigo hizo dinero, volvió a Orense, compró tierras y montó un hotel. Con él corrió la única farra que se permitió: una soberbia comida con cerveza tan abundante que volvió al “hotel” de tal manera que asustó a los dueños, que hicieron lo posible para volverle a la realidad. Ganaba 5 -7 bolívares por día como poco. En dos años ahorró 8.000. Al cambio le supusieron 100.000 ptas. Eran 100.000 ptas de finales de los 50.

- Tuve ocasión de ganar allí en un día lo que un obrero ganaba aquí en un mes.

Su madre y su hermana llamaron a su mujer a Pereiroá. Podían estar juntas y trabajar la tierra. En Pereiroá la entró pena moral y Félix G. dejó Venezuela y regresó a su pueblo. Eran los tiempos en que subían por año las ptas por bolívar.

Regresaron a Valladolid. La rueda con el arazón de madera había pasado a la historia; ahora contaba con una bicicleta. Eran los comienzos de los sesenta.

Compró una casa y un terreno al pie del diminuto y popular torreón de la Rubia. La casa le costó 47.000 ptas y el terreno 14.000. Hace unos años los vendió por 8.000.000. Vivió en la Rubia hasta 1.968

Con la bicicleta recorría Santibáñez, Fuensaldaña, Cigales, Mucientes, Villanubla, Cabezón, La Cistérniga, Herrera de Duero.... Y las calles, barrios, plazas, y mercados de Valladolid. Cobra-

ba por pieza 15 ptas. Sacaba entre las 2.000 y 3.000 ptas diarias. Cabalgó con ella cinco años, y la cambió por una moto, una mobilette: le costó 41.000 ptas. El siguiente paso fue sacar el carné y compró una Citroën de segunda mano. Le valió 14.000 ptas, era un VA del número 17.000, la hizo 90.000 kms. y aún la revendió por 9.000 ptas. Con este sistema amplió considerablemente el radio de acción.

Pero la idea de Venezuela le roía el alma. Había sido una cantera de dinero, estaba dispuesto a tentar la suerte y llevarse a la familia completa, mujer y tres hijas, y eligió un extraño camino: pasar antes por Suiza, ganar a espuestas, o eso le decían. Y se fue a Suiza, solo, y sin contrato ninguno aconsejado por un amigo de la calle Platerías que tenía un “negocio”. No era el único que se marchaba.

En las cercanías de Ginebra les apearon del tren; durmieron cuatro días en la estación; los amigos gallegos ya establecidos les traían jamón, chorizo y pan. El propio Félix G. entró en tratos con un gitano de Córdoba. El gitano era especialista en pasarles a sitio seguro por caminos extraños y no controlados, aunque arriesgados, 500 ptas por cabeza. Probaron fortuna. Sólo había un obstáculo: el salto de un tajo de cuatro mts. de profundidad y varios de ancho. Los demás eran jóvenes y salvaron el corte. Félix G. tenía 48 años y pies ya de plomo. El gitano le juraba y perjuraba que lo saltarían cargado a las espaldas. Félix G. hizo de tripas corazón, se encomendó a lo más sagrado y saltó por su propio pie. El gitano gastó las ganancias en invitar a todos. Le contrataron en la limpieza de la nieve en los túneles. Subido a una escalera cayó hacia atrás, le salvaron la vida y tuvo que permanecer tres meses en un hospital; sólo recuerda el hambre que pasó mientras convalecía. Las secuelas del accidente se las trató posteriormente el Dr. Quemada de Valladolid. Le dieron permiso, regresó a Valladolid y volvió a Suiza con trabajo ya. Quiso pasar de Suiza a Venezuela, pero no pudo ser. En Suiza estuvo un año. Y era 1.962 -63

- En Suiza ganaba dinero, pero aquí ganaba más.

Pero el dorado seguía siendo Venezuela. Y preparó la ida para todos. Fotografías, carnés, certificados médicos, viaje de los cinco a Orense y a Vigo. Y en Vigo última revisión. Se le habían ido 7.000 ptas. Detectaron un ligero defecto en la vista de la hija mayor y los médicos la cerraron el paso. Vuelta a Valladolid. Volvió a intentar Venezuela por el extraño camino anterior, esta vez Alemania. Y se fue a Alemania, con contrato y los papeles en regla. Era el año 1.966. Estuvo año y medio y regresó definitivamente a Valladolid.

- No pude pasar tampoco a Venezuela y me sujeté totalmente a la rueda. Años después se devolvió el bolívar y los ahorros de los españoles se hundieron. Hubo grandes tragedias.

Compró una segunda mobilette por 68.000 ptas y la acopló un segundo motor para aumentar la potencia. En la vieja citroen iban la moto, los cajones y todos cuantos achiperres vendía.

Estrujada ya la citroen compró un 4-L por 183.000 que le salió valioso y duro. Luego otra citroen de segunda mano a un amigo fontanero de S. Pedro Regalado, le pagó 11.000 ptas, la estrujó varios años y la revendió en 20.000.

Volvió a recorrer calles, plazas, barrios, mercados, bares, carnicerías, pescaderías... de la ciudad. Barrio por barrio, calle por calle, piso por piso. Recuerda con placer Las Mercedes, la Plaza de España, Cantarranillas, los bares de la Plaza Mayor, sobre todo El Caballo de Troya, fue amigo del dueño, que murió joven, y Félix G. dejó todo y le fue al entierro; y la Plaza del Val con el mercado; aquí se instalaba los sábados de 6 a 10 de la mañana; no fallaba. Era un personaje más del maremagnun y del trajín de la Plaza, un personaje un tanto extraño, pero necesario, apreciado y respetado. Se afilaba 80 piezas en una mañana.

Por la ciudad afilaba cuchillos, tijeras y navajas. Sacaba 5.000 ptas diarias como mínimo.

También vendía. Vendía cuchillos, tijeras, navajas, pendientes, collares, anillos, cubiertos,.. y piedras de mechero con riesgo de ser cogido. Las piedras de mechero las llevaba por kilos y eran objeto de oscuro contrabando. (4). Una sola vez fue a Portugal, a Miranda de Douro, para pasar docenas de tijeras que no se las detectaron en la frontera. Un buen negocio.

Y como hijo de su tierra arregló paraguas, ollas de barro y cazuelas de porcelana, pero abandonó por el poco negocio que le dejaban y el tiempo que le robaban.

El coche le permitía salir por un círculo de pueblos más amplio que el de los tiempos de la bicicleta. Amaba las tierras de Villavaquerín, Villabáñez, Olmos de Esgueva, Tudela, Traspinedo, Quintanilla de Onésimo, Peñafiel, Cogeces del Monte. Arrabal de Portillo -no gustaba mucho de subir la cuesta de Portillo, recuerda sin embargo que en una ocasión y en solo un día, hizo 13.000 ptas. al final de los 70-. Cuéllar. Laguna de Duero, Boecillo, Viana de Cega, Puente Duero. Valdestillas, Matapozuelos...

- Por los pueblos se ganaba más que en la ciudad. Con rueda, bicicleta o coche, en los pueblos afilé de todo: hoces, guadañas, cuchillas de segadoras, y discos de trillo por Fuensaldaña. Hasta

los herreros me llevaban las hoces para que las rematase. Recuerdo de modo especial al de Villanubla, Nicolás, que me dio siempre trabajo.

Con los ahorros hechos compró dos pisos más. Uno de ellos lo revendió y se quedó con el actual de la Plaza Circular.

Y habla de las cualidades de un afilador y de la técnica de la profesión.

- Las cualidades de un afilador son: buen semblante, no tener ansia, tacto con las mujeres: muchos cuentos, muchas historias, por ejemplo: - ¿cuánto me vas a cobrar?... -menos que lo vale un piso, señora; franco y leal con todos, amigo de los amigos, limpieza personal, control de lo que ganas, sujeción al oficio...

- Las cualidades técnicas son: pulso, precisión, fuerza y firmeza.

Cada pieza necesita un tacto.

“Lo que más cuesta son las *tijeras*, es la más complicada, porque si la afilas por dentro y la comes mucho, no cortará; hay que desbastarla por dentro que nosotros llamamos *acanalarla*, con buen pulso; igualarla en la piedra, meterla a tope para que queden las puntas iguales; tratar las puntas y que queden unidas y se consigue afinando una más que otra, la otra tiene que quedar más basta; si no *puntea*, es decir, si no cierra bien, se separan del eje y se desgasta hasta que cierren bien, esta operación hay que realizarla con tiento extremo.

Los *cuchillos* no cuestan nada, no tienen problema; a veces se les desbastaba para que quedasen brillantes. Otras veces tenía que limpiarlos de antemano porque me los entregaban muy guarros; entonces les trataba con arena que llevaba en un saco.

Cuando afilé *hoces y guadañas* tampoco necesitaba una técnica especial. Lo más cansado eran las *cuchillas de las máquinas segadoras*. Las 20 cuchillas agotaban los brazos, cuando llegaba a la 19 ya no los sentía”. Los *discos de los trillos* de Fuensaldaña tampoco me creaban problemas.”

Enviudó el año 1.975. Se jubiló a los 65 años y dejó para siempre la calle. Desde entonces hace pequeños trabajos de encargo.

Aún quedan afiladores de sangre, pocos. Los gitanos buscaron una salida por ahí; los hubo en la Cistérniga y uno en la popular Fuente el Sol -de Valladolid- del que Félix G. guarda un extraordinario recuerdo.

Por los caminos del mundo, Félix G. fue tratado siempre bien. Se encontró con otros *afiladores*,

con *aceituneros*, con *pellejeros* de Uruña y algunos de Villarramiel y recuerda la ayuda que le dio un pellejero de Uruña, Victoriano; Victoriano, se bajó de la mula, montó al afilador y le empujó la rueda muchos kilómetros por esos caminos de dios; con *arrieros*, con *canteros* de Pontevedra que trabajaron en Traspinedo y en Simancas; los de Traspinedo se habían especializado en levantar gallineros, era un “jefe” con una cuadrilla de jóvenes; los hijos del mandamás se hicieron contratistas y hoy viven millonarios; el de Simancas se casó con una viuda y tuvo 8 hijos. También se cruzó con *capadores*, y con *segadores* gallegos por los valles del Esgueva y por tierras de Segovia. Lo que más encontró fue *aceituneros* y *capadores*, el *capador* más cotizado era de Valladolid. Se cruzó con la *Guardia Civil*, nunca le crearon problemas, nunca les dió por rebuscarle las famosas y diminutas piedras de mechero, objeto de codiciado contrabando; con ellos tenía siempre el detalle de afilarles las navajas, y gratis. También se cruzó con *vendimiadores* que le soltaban unos racimos desde los cestos del carro. Si salían dos afiladores se repartían el trabajo y las ganancias. Si coincidían en la posada, lo celebraban y comían juntos. Con los afiladores hablaba en clave si las cosas se ponían mal; si querían expresar sus propias vivencias, sus opiniones sobre los compañeros de posada, comida, mujeres, caminos, pueblos, precios... tenían su propio idioma, el idioma de ellos, el célebre barallete. (5). El barallete era también el idioma de cesteros y de canteros gallegos

De un pueblo a otro no llevaba comida. Bebía en las fuentes de los caminos, si las había. Había que aguantar el sol fuerte, plomizo, penetrante y vertical de los campos de Castilla por los meses de Julio y de Agosto; los fríos, las heladas y las nieves, o las tormentas y nublados; recuerda la tormenta que le cogió a la entrada de Segovia cuando aún empujaba la rueda, de nada le sirvieron ni manta ni capote. Cuando entró en la posada chorreaba por los cuatro costados, le dieron una cama, le secaron la ropa, y le reconfortaron con leche con pan migado.

En Fuensaldaña estuvo 15 días afilando hoces, guadañas, discos de trillos y sobre todo cuchillas de máquinas de segar; se ponía a la faena a las cuatro de la mañana; las gentes le traían el garrafón y le sentaban a su mesa.

Calzaba zapatos, mudaba los domingos un mono lavado cada semana, cambiaba de ropa interior que mandaba lavar o lavaba él junto a los ríos en el buen tiempo. Al comienzo dormía en su propia saca y luego con sábanas; las sábanas se las había tejido y marcado su madre cuando fue a Venezuela, vino con ellas y las veneró muchos años. Se dio el caso de dormir dos juntos en la

misma cama, y recuerda el hueco que le hizo el célebre *capador* de Valladolid, Sr. Ventura, en Olmos de Esgueva cuando la posada estaba ya saturada.

Tenía excelentes relaciones con los guardias municipales, con los vigilantes del mercado del Val, con los pescateros, con los carniceros, con las señoras de los puestos de verduras... -déjate estar, me decían; tú no molestas a nadie, tú no es-torbas-.

- He sido amigo del amigo; he preferido perder para hacer una amistad. Donde me daban de comer, afilaba gratis. El afilado valía muchas comidas, pero quedaban amigos. Tuve hasta relaciones con mandos del ejército. Un coronel del Hospital Militar me invitaba a comer. Un día me dijo que me prometía un puesto de trabajo en cualquier fábrica. Nunca acepté. Le dije: -mire, estoy mejor por mi cuenta que trabajando para nadie. Estoy mejor en la calle, paso frío, de acuerdo, pero estoy al aire libre.

ANOTACIONES:

(1) Los futuros afiladores solían hacer los primeros tanteos en compañía de un pariente, de un amigo o de un experimentado hombre adulto. Le acompañaban por los caminos del mundo hasta que podían independizarse. En el período de aprendizaje recibían el nombre de *mutilos*.

(2) Los tojos son ramas de espinas. Eran excelentes para las cuadras que los transformaban en un estiércol de primera categoría. Antes de meterlo a las cuadras se rozaban y se llevaban a las puertas de las casas. La posesión de un tojal era una herencia muy cotizada en las familias gallegas. Las raíces y los troncos eran muy buenos para la lumbre de las *lareiras*, el equivalente castellano del fogón. Y la *Lareira* fue el centro de la vida familiar y el centro de las grandes transmisiones de la cultura popular no escrita.

(3) Las pesetas se dividieron en *céntimos*: los de 5 y 10 tenían su propia acuñación: los de 5 se hacía con una perra pequeña: *la perra chica*, una moneda pequeña, y los de 10 era una perra grande, *la perra gorda*, una moneda más grande. 25 céntimos se tallaban en un *real*, y 50 céntimos, en *dos reales*. 50 céntimos - dos reales- eran media peseta; 4 reales, una peseta; 5 pesetas, un duro y 20 duros, 100 ptas. En gallego, a la perra chica y a la perra gorda se les llamaba *un can*. Y permaneció la expresión *non ter nin can*, *non ter nin cadela*, con el sentido de estar a dos velas, con los bolsillos vacíos; a un duro se le llama aún hoy, *un peso*, y es con lo que se entienden en las ferias. Para hacerse idea de lo que podría valer una peseta, baste recordar lo que dice Félix G.: un obrero ganaba en Barcelona sobre 20 ptas por los años 1945 al 50, y le llegaba justo para comer y pagar la patrona. Un kilo de carne valía 16 ptas. El mismo Félix G. cobró por rozar un carro de tojos y cargarlos, 5 ptas sin mantener, y estuvo todo un día. Un peón de campo ganaba en Castilla por las mismas fechas entre 3 - 4 - 5 ptas y mantenido.

(4) Redactando este artículo me han llegado noticias de un afilador de Esgos, anciano ya hoy día, que vendía además: jabones “milagrosos,” rosarios “bendecidos” por el Papa que compraba a cinco duros y los vendía a 100; bulas; las consabidas, perseguidas y diminutas piedras de mechero con las que montó toda una trama mafiosa, las primeras penicilinas.. Está ya el hombre tan sordo que tiene aterrorizados a los vecinos con el volumen de la televisión

(5) El barallete es un fenómeno muy estudiado. Es la fala de los afiladores -dos afiadores- sobre todo. También lo fue de canteros y cesteros. En Galicia es un proceso del viejo gallego, del viejo castellano y de ancestrales expresiones y palabras. Algunos casos: hombre, beleno; hombre fuera de lo común, naceiro o varil, y hombre prodigioso, extraordinario, con cualidades casi divinas: queicoa, apelativo reservado a muy pocos. Dios, por ejemplo, era el queicoa número uno; mujer, belena; y mujer hermosa: belena rula (rula, o roía, es “paloma”), belena garabela; mireus, ojos; piernas, androleas; Galicia, Galleira; Asturias, Berria; Portugal, Biqueque; América, Arrica; Cuba, Cuca; Castilla, Ancha... El Sr. Félix G. recordaba poco, explicado por la inmersión en castellano y por el contacto menos frecuente con afiladores. Julio González, *O Rodelas*, de Pardeconde -Esgos // Xunqueira de Espada-

ñado- de gran fama por los cuatro costados de Portugal, no se arrancó -no quiso- hablamos en barallete, y lo que conseguimos fue a través de un nieto.

FUENTES DE INFORMACIÓN:

- Larga entrevista a Félix Gonzalez, Junio del 2.001 – 81 años.

- Conversaciones informales a lo largo del curso 2.000 -2.001 con Julio González, *O Rodelas*, de Pardeconde. Pardeconde es un curioso caso administrativo: el pueblo está dividido por el arroyo: una parte pertenece al Ayuntamiento de Esgos y otra al de Xunqueira de Espadañado.

- Florencio de Arboiro, coleccionista de ruedas de afilar, Orense. F. de Arboiro realizó una muy completa exposición de su colección en el Museo Municipal de Orense, año 1.997. Junto al instrumental posee una información detallada de los caminos de los afiladores que ha recorrido pacientemente.

BIBLIOGRAFIA.

O AFIADOR: Xosé Antón Fidalgo Santamariña. Ir Indo. 1.992



UN CAPÍTULO MÁS ALLÁ DEL QUIJOTE

Carlos Gijón



PROLOGO

Querido lector: te vas a encontrar en este capítulo a un Sancho Panza en el que surgen los instintos básicos que siempre anidaron en su espíritu y a los que el ex gobernador de la ínsula Barataria da su proyección según los conocimientos adquiridos en multitud de experiencias vividas anteriormente. Sencillamente se trata de un Sancho que por fin ya cree poder vivir a sus anchas.

Pero como acontece con toda figura importante, y Sancho lo es, no podía quedar remansada su vida como las aguas de una pequeña laguna. Sancho estaba predestinado a internarse en las grandes vertientes que ofrece la vida, a percibir y experimentar sus profundos conflictos, para poder llegar así a unas conclusiones que se remontan cada vez más a unas esferas que sorprenden lo que habíamos imaginado o pensado sobre la capacidad imaginativa e intelectual del campesino-pastor, luego escudero del más admirable Caballero Andante y finalmente due-

ño de lo que para él era una hacienda suficiente para considerarse feliz e independiente.

También te encontrarás con un Don Quijote que no solamente ha superado su locura, sino también a sí mismo en el lecho de su propia muerte.

Ambos, Don Quijote y Sancho, se encontrarán con su creador, a quien después de mostrarle un reconocimiento reverencial, le podrán ayudar a conseguir su última perfección que aún él no había logrado conseguir por sí mismo.

Finalmente el héroe es coronado por su creador, desvelándose así el misterio de Dulcinea del Toboso, la cual toma forma definitiva, y se materializa en una realidad concreta para ser así el complemento ideal del héroe que conquista de esta forma los espacios vacíos de su espíritu.

Los demás personajes ya te son conocidos y aparecen formando un único marco en el que se desarrolla la continuidad de una historia que muy a su gusto le dan acogida por ser una importante parte de ellos mismos.

PRIMERA PARTE

Una vida en la paz de la aldea

Concluyó su novela inmortal Don Miguel de Cervantes Saavedra dejando caer una grávida losa sobre el frío sepulcro que encerraba lo que de largo era en sí el heroico aventurero Don Quijote de la Mancha. Fue voluntad de su autor que nadie osara perturbar el silencio de aquel reposo tan bien merecido por la creatura de su ingenio. En realidad así ha sucedido. El pasar de los siglos se ha acercado con su oleaje hasta los mismos bordes de este sepulcro, pero se ha conformado solamente en unificar sus espumas con el sentido reverente que impone ese silencio que dimana desde los sótanos de la muerte. La voluntad, pues, de su autor de tal forma ha sido respetada que ninguna pregunta o súplica ha traspasado los dichos bordes ya establecidos, ni respuesta alguna ha cruzado los oscuros espacios que aprisiona la lápida cervantina.

Sin embargo, tal y como muy bien se ha dicho, nunca se pudo poner puertas al campo, como tampoco ha sido posible el sellar con lápida alguna los fecundos anales de la Mancha de cuyo tesoro he logrado extraer unos cuantos pergaminos sobre el caso acontecido a Sancho Panza, parroquiano y vecino de una de sus villas, los cuales fueron escritos por el Señor Cura Licenciado por el Seminario de Sigüenza con el propósito en un principio de re-alar sobre ellos una posterior revisión, mas luego el tiempo parece ser que se encargó de borrar estas sanas intenciones por lo que quedaron envueltos en el polvo del olvido.

Tras la muerte y entierro de Alonso Quijano el Bueno, parece ser que Sancho siguió una vida que bien pudiera caracterizarse como normal. Aunque apesadumbrado por la pérdida de su Señor, trataba de gobernar lo mejor que podía su pequeña hacienda, contentar a su mujer e ir buscando una honorable y ventajosa salida para sus hijos Marisancha y Sanchico. Por de pronto con los dineros obtenidos como pago de sus disciplinas por el desencantamiento de Dulcinea ya había comprado tres ovejas y tres cabras, cuatro corderillos y dos cabritos, todo lo cual junto con los tres pollinos habidos de la hacienda de Alonso Quijano, formaba un pequeño rebaño que todos los días llevaba y traía a unos terrenos un poco alejados de la villa, poblados de encinas, arbustos y otras malezas. Estos pertenecían a una viuda de aquella localidad con la que Sancho había llegado a un acuerdo sobre el uso de sus pastos.

Al amanecer de cada día ya era habitual ver pasar a Sancho montado en su rucio atravesando un par de calles para adentrarse en el campo conduciendo señorialmente aquella heterogénea grey. Mas también había días en los que Sancho se empleaba en arreglos caseros, o bien en otros servicios que prestaba en el pueblo. Entonces mantenía encerrados en su corral a los que en algunas de sus mejores inspiraciones Don Quijote hubiera calificado como un pequeño pero aguerrido escudrón.

En el invierno al abrigo de alguna enmarañada y copuda encina y a su sombra durante los días del estío, Sancho bien sabía disfrutar del contenido de sus alforjas: un buen pedazo de pan y queso, chorizo y cebolla que junto con la bota de vino solemnizaba su retiro campestre con largos y embelesados tragos.

Mientras su rucio pastaba y se holgaba en compañía de la fraternal manada su albarda le servía como la más muelle almohada que desear pudiera cualquiera de los habidos emperadores de la historia. Tampoco cambiaría sus apacibles y prolongadas siestas estivales, a cuyo sueño ruido alguno podía imponer sus límites, por ninguna de las cá-

maras palaciegas o habitaciones de ventas ni castillos en los que no recordaba hubiera conseguido alguna vez descanso alguno.

Después de estas reposadas siestas, mientras observaba complacido a su rebaño que rebuscaba entre los matorrales algún bocado de hierba, Sancho daba rienda suelta a sus imaginaciones y fantasías, haciendo cálculos matemáticos sobre el aumento de su manada con las nuevas crías que vendrían, más la venta de la leche, lana y carne que pronto empezaría a negociar. Había concretizado también un plan sobre los tres pollinos: uno sería para Sanchico, y los otros dos los vendería a su debido tiempo a un buen precio.

El negocio y mantenimiento de las gallinas, pollos, conejos y los tres cerdos siempre había estado bajo la diligente y directa capacidad administrativa de su mujer, aunque a veces mostraba sus discrepancias sobre el precio de venta del conejo casero. También hubiera deseado haber criado algunos pavos pero esto era algo a lo que se oponía férreamente Teresa Panza.

De alguna de aquellas siestas se había despertado Sancho un poco sobresaltado pues en sueños se le había representado saltando sobre el pollino aquella labradora que él hizo creer a su Señor que era la hermosa Dulcinea. La explicación que a este respecto le había dado la Señora Duquesa no le convencía del todo y comenzaban a surgir en su conciencia ciertos escrúpulos que amenazaban con desequilibrar la reposada calma y tranquilidad de su nueva vida. Seguidamente aparecía en su mente el recuerdo del fraude de sus disciplinas, y la verdad es que su esposa había comenzado a notar en él un cierto mal humor y extraño cambio en su carácter.

Uno de los días de la novena de Nuestra Señora del Rosario a la que todos los años Teresa Panza asistía con gran devoción, tuvo a bien desahogarse con el Señor Cura y éste después de escucharla trató de hacerle comprender como aquella vida de aventuras y desasosiegos que había llevado a cabo su marido durante el período de locura de Don Alonso Quijano le tenía que haber afectado, por lo que todo esto que le estaba pasando ahora eran secuelas que poco a poco se irían curando y desaparecerían.

SEGUNDA PARTE

La tormenta

Sucedió en una calurosa tarde de julio cuando Sancho, después de haberse engullido una sabro-

sa tortilla de huevos, patatas y cebolla que le había preparado su mujer a la que añadió un buen pedazo de pan y queso, combinado que él ya sabía enjugar y hacer corredizo con prolongados achuchones a su bota de vino, después de lo cual se sintió envuelto por un profundo sopor. No dando mayor importancia a unas nubes tormentosas, que aunque lejos en el horizonte, sí parecían estar preparando alguna rabiosa reyerta con la que sin duda mantendrían en jaque a todos los elementos celestes y terráneos, Sancho sólo pensó en darle a su siesta su opción primordial por encima de cualquier preocupación racional.

La sombra de la copada atalaya y el firme pero suave aparejo de su rucio le ofrecieron una deliciosa senda por la que se encaminó su sueño hacia las profundidades del más apacible y absoluto descanso.

La brillantez radiante de aquella tarde de julio se fue diluyendo lentamente, absorbida por los filtros de unos espesos nubarrones, que con calculada estrategia, se iban apoderando vorazmente de aquel pedazo de cielo bajo el que pastaba en apacible armonía aquel rebaño augusto pastoreado por el que fuera gobernador de la ínsula Barataria, Sancho Panza, el escudero paciente y solícito del ilustre Manchego, Don Quijote de la Mancha.

Las ovejas, cabras, corderillos y cabritillas, movidos por un instinto defensivo se fueron moviendo hacia un remanso que formaban unos robles y estopas, y dejando de pastar, simplemente se limitaban a un entrecortado rumiarse mientras mantenían sus cabezas inclinadas en una actitud como meditativa. Los pollinos y el rucio también habían tomado sus precauciones y se habían ido acercando hacia la atalaya bajo la que Sancho, completamente ajeno a todo síntoma exterior, lanzaba unos resoplidos que sin embargo, y muy al contrario de espantarles, pareciera que les servía de protección para mantener su calma.

Inmerso en los abismos del sueño ondulaba Sancho mariposeando sobre algunos de los hechos y fantasías que abstraídos de su vida pasada le proporcionaban su memoria e imaginación, cuando repentinamente se vio envuelto primero en una fulgurante luz a la que siguió un violento y estruendoso ruido que le arrojó a las simas de la más profunda obscuridad. ¿Estaría realmente despierto Sancho, o era todo aquello la prolongación de un no ya reposado y menos aún apacible sueño?

Pronto comenzó a oír en torno de sí toda una serie de gritos estridentes que le sumieron en la más absoluta y desconcertante de todas las temeridades. Pasó unos instantes en suspenso escuchándose a sí mismo el tintinear de sus dientes, y a su mente vino momentáneamente la mal pasada

noche de aquella aventura de los batanes, mas aquí no se percibía resquicio alguno para una posible evasión. Una turbulenta algarabía de la que se destacaba el ruido de un violento restregar de látigos tomaba cada vez más auge y alguien agudizó su voz diciendo: son tres mil doscientos noventa y dos latigazos los que tiene que recibir. Las tinieblas despedían un olor a chamusquina que se iba incrementando hasta llegar a darle la sensación de ser una espesa nube de humo que le obligó a Sancho a empezar a estornudar, pero apenas lo había hecho unas tres veces cuando una descomunal descarga de látigos comenzaron a llover sobre la totalidad de sus espaldas que realmente le hicieron pensar que el pleno del firmamento con todas sus estrellas y constelaciones se habían abalanzado sobre él.

La sesión no fue muy duradera pero Sancho se sintió hecho un ovillo en medio de unas tinieblas que poco a poco comenzaron a disiparse. Pudo observar entonces que sus ropas estaban íntegras aunque empapadas de agua. Comenzó a palpasearse lentamente el cuerpo con temor de que le hubiera desaparecido alguna parte integral del mismo, pero de pronto se detuvo pues oyó algo así como unos quejidos que no le resultaban del todo desconocidos. Intentó acabar de desovillarse y agarrándose a algo así como raíces de árboles se incorporó y comenzó a caminar hacia donde parecían proceder aquellas lastimosas quejas. Apenas había caminado unos pocos pasos, cuando sin él haber visto a nadie fue reconocido por una voz que le dijo: Bienaventurado seas, Sancho hermano, que por fin has llegado y terminan así mis sufrimientos. Miró Sancho a su lado y vio como una densa nube se despejaba quedando iluminado todo aquel recinto. ¡Válgame Nuestra Señora del Santísimo Rosario!, dijo Sancho echándose ambas manos a la cabeza. ¡Mi Señor Don Quijote! Efectivamente, atados con cadenas a unas gruesas argollas tenía sus manos y pies el mismísimo Caballero de la Triste Figura, Don Quijote de la Mancha, Alonso el Bueno.

Un polvo arenoso mezclado con pecina cubría su rostro, pelo y barbas, extendiéndose a lo largo de toda su túnica. Sus labios despedían también al hablar un polvo como de carcinoma. Con una voz temblorosa y casi agotada le dijo: Sancho hermano, alarga tu mano y toca estas cadenas, pues a ti te ha sido concedida la virtud de poder librarme de ellas, según me ha sido revelado. Sancho se acercó a su Señor y al coger con ambas manos aquellos pesados hierros se abrieron sus grillos y quedaron libres las manos y pies del glorioso Caballero Manchego. ¡Loado sea Dios!, dijo Sancho. ¿De dónde me puede venir a mí esta virtud?

El rostro de Don Quijote comenzó a adquirir a la vez una lozanía saludable a la que acompañaba cierta majestuosidad, mientras que su pelo y barba

limpios ya de todo lodo y polvo, comenzaron a reflejar la brillantez nítida del azabache. Igualmente la túnica que desde sus hombros se descolgaba hasta la parte inferior de sus pies también se había transformado tornándose blanca con la pureza propia del copo de nieve.

Mira, Sancho hermano, dijo Don Quijote. Este es un lugar de purificación. Mi mente necesitaba poseer la pureza del ideal que intenté llevar a cabo a través de mi locura, mas la falta de la virtud de la prudencia y del más elemental sentido común hicieron que apareciera tan disparatado ante el mundo, que incluso llegué a ser la causa de que en mi propio espíritu dicho ideal fuera perdiendo su fuerza y abriera sus resquicios a la falsa lisonja que con placentera crueldad me fue desplazando fuera de mi propio centro. Tampoco en mi condena final de los libros de caballerías supe dejar claro lo sublime del ideal caballeresco, distinguiéndolo del torpe modo en que se había llevado a cabo su ejecución. La mente sin la virtud y fortaleza del ideal no consigue despegarse del cieno y polvo terrestre, encadenándose a la mera materialidad de las cosas humanas, por eso me encontraste en ese lamentable estado, pero tu llegada ha significado que el tiempo final de mi purificación había llegado según lo tenía señalado la divina providencia. Ahora mi mente está recibiendo una nueva virtud con la que podré emprender el vuelo hacia las regiones puras y libres en donde la vida puede ser vivida en toda su plenitud.

Esto significa, dijo Sancho, que yo debo de estar muerto. Mas ciertamente no sé cómo tal cosa ha sucedido. De ser eso así habría tenido lugar durante el vapuleo descomunal que acabo de recibir y en donde ciertamente tendría que haber exhalado mi espíritu, pero lo curioso es que ahora me siento mucho mejor.

No, Sancho. Tú no estás aún muerto, dijo Don Quijote. Tu cuerpo no refleja la luz, y tu rostro muestra el ritmo de la respiración. Tu llegada a este mundo de tinieblas te ha servido en primer lugar para alcanzar una extraordinaria purificación que necesitabas, pero además has cumplido con la importante misión de ser el instrumento de mi liberalización y consecución de mi tan deseada corona. Regresarás a tu querido y dulce hogar poseedor además de unos extraordinarios conocimientos que durante este breve decurso a través de esta existencia se te irán mostrando.

Un gran pesar me estaba acongojando el espíritu, respondió Sancho, sólo de pensar que me hubiera muerto sin haber arreglado debidamente el asunto de mi herencia, pues en el repartimiento de los conejos, gallinas, corderos y cabritillas entre mis hijos, seguro estoy de que mi mujer hubiera cometido un sin número de contrasentidos y desper-

fectos. Ella nunca ha sido capaz de comprender la proporción existente entre la calidad de la carne y el coste de la misma. Ahora bien, si es cierto que aún estoy vivo lo primero que haré tan pronto como regrese al mundo de los vivos será el formalizar debidamente mi testamento.

Tiempo tendrás para hacerlo, hermano Sancho, le dijo Don Quijote. Mas ahora sigamos esa senda sonrosada que entre estos riscos nos depara la providencia.

Era una especie de camino no muy ancho que de forma ascendente y curvada se iba abriendo por la cresta de un risco cuyas laderas descendían hacia una tenebrosidad tal que no permitía llegar a ver su profundidad. Apenas iban a culminar la curva que había en torno a un enorme peñasco cuando del fondo de aquellas simas oyeron unas muy lastimeras voces. Trataron Don Quijote y Sancho de ver al desdichado que las emitía y a través de una luz verdosa se les descubrió un terreno pantanoso por el que con el lodo hasta las rodillas y tan penosamente que apenas podía caminar, se veía a un hombre a quien una nube de furibundos insectos agujoneaban continuamente sin permitirle el más mínimo descanso. Levantando aquél su cabeza comenzó a gesticular con los brazos a la vez que decía: ¡Cuán necio fui al seguir mis impulsos de venganza! Mejor hubiera obrado si hubiera seguido tus instrucciones, ¡Oh admirable Caballero de la Mancha!.

Es Juan Haldudo, dijo Don Quijote. Un rico vecino de Quintanar. Los principios que nos muestran el bien obrar deben ser aceptados por la humana razón aunque se nos presenten bajo la forma estrafalaria de la locura. Y dirigiéndose a él le dijo: Nada puedo hacer por ti, Haldudo. Pero mediante la virtud de la esperanza que te sostiene llegarás a la meta de tu perfección. Tu criado Andrés te será enviado para librarte de ese gran tormento que ahora padeces como me lo fue a mí mi escudero el bendito Sancho Panza a quien ves aquí a mi lado.

Dicho lo cual continuaron ambos su ascensión hacia un horizonte cuyos tonos anaranjados se tornaban cada vez más brillantes contrastando con la negrura de aquellos espacios abismales.

Se asomó Sancho a uno de los bordes del sendero y vio un espesísimo bosque cuyos árboles estaban entrelazados por enmarañadas zarzas por las que trataban de pasar muy a su pesar, un grupo de hombres que llevaban sobre sus hombros una enorme cadena. Estaban rodeados de unos extraños seres, una especie de caballos con cabezas de hombre los cuales a pesar de aquella espesura se movían con una inusitada agilidad lanzándoles a los agobiados caminantes unas fortísimas coces siempre que alguno de ellos cesaba de arrastrar dicha cadena.

Ésos que ves, Sancho, le dijo Don Quijote, son los galeotes que liberamos cuando iban camino de las galeras. El que va en cabeza de ellos es Ginés del Pasamonte, y ésos velocísimos seres que les rodean y tan duramente les hieren son centauros. Gran locura fue por mi parte el emprender tal empresa pues ciertamente pesaba sobre ellos una sentencia real, pero la virtud del agradecimiento no debe encontrar disculpa alguna para ser manifestada siempre que a la misma se lo exijan las especiales circunstancias de la vida. Aquella lluvia de piedras con la que nos propinaron estos malhechores bien contradijo el noble sentimiento que siempre debe tener su cabida en todo pecho humano, aún bajo las capas más ennegrecidas de toda clase de conducta.. Pesada es la carga que tienen que soportar, pero a través de la misma encontrarán su regeneración.

El horizonte anaranjado comenzó a matizarse de un color rojizo que más y más incrementaba la visibilidad. A su vez Sancho sentía la sensación de un mayor alivio tanto por el frescor del aire que respiraba cuanto por la agilidad con que su cuerpo lograba moverse.

Disfrutando iban Don Quijote y Sancho de lo que cada vez más tomaba la apariencia de un esplendoroso amanecer, cuando el ruido de una lejana algarabía alertó sus ojos y oídos con objeto de percibir aquella tan extraña algazara. Con suma precaución se fueron acercando, pues el alboroto iba adquiriendo un incremento progresivo, matizándose ya en unos sonidos estridentes que al mezclarse entre sí daban la sensación del más horriblo caos. Dudaron, y con mucha razón, si podrían resistir un ruido tan inconmensurablemente desentonado, mas ya no pudieron evitar el tender su mirada sobre lo que era un espectáculo de la más absoluta confusión. Rarísimas especies de aves provistas de unos enormes picos corvos lanzaban graznidos destemplados y ensordecedores con los que trataban de ahuyentar a un grupo de personas que despavoridas iban de un lado para otro mostrando en sus rostros el tremendo agobio al que estaban sometidas. Pronto distinguió Don Quijote entre los mismos a los Señores Duques quienes daban obvias muestras de hastío y desencanto ante semejante bochorno. También reconoció a la joven Altisidora que intentando refugiarse en la espesura de una arboleda de pronto toda una hilera de lirios que allí había, prorrumpió en un trompeteo tal que hasta unas aves negruzcas que por allí reposaban salieron en repentino y veloz vuelo. Mas éstas pronto se enderezaron hacia un peñasco en el que momentáneamente reposaba alguien que por su vestimenta mostraba ser un clérigo. Efectivamente no era éste otro que el eclesiástico de los duques, el cual viendo venir de forma tan despiadada aquellos enfurecidos volátiles apresuradamente se le-

vantó y con inusitada destreza trató de refugiarse entre unos arbustos, mas apenas se había acercado a los mismos éstos comenzaron a emitir un tan clamoroso y atronador sonido de cencerros que obligó al diligente eclesiástico a realizar un viraje en seco cambiando su rumbo en busca de algún otro posible refugio más saludable. Éste lo fue una enorme polvareda que levantaba una turba integrada por chivos, carneros, cerdos, pavos, patos, gansos, faisanes, gallos y gallinas, los cuales arremetían con una furiosa persecución tras de quien Sancho reconoció inmediatamente como a Don Pedro Recio, el médico oficial de los duques en la ínsula Barataria. Salvaba obstáculos Don Pedro con buena, aunque no muy refinada agilidad, mas como la turba arreciaba y no cedía un ápice en su empeño, apenas si podía salvar los talones en algunas curvas. Desde luego cualquier tregua o relajo eran impensables. De esta forma instintiva defendían aquellos seres irracionales la buena calidad de sus carnes, haciéndole en esto una clara y muy debida justicia a Sancho.

Ciertamente, hermano Sancho, dijo Don Quijote, vivimos una farsa en el palacio de los duques, a la que sin duda mi locura dio sobrado pie de entrada. Mas en modo alguno estuvo bien el querer sacarle fruto y jugo al tiempo pretendiendo ocultar el vacío que en sí encierra la monotonía y apatía del vivir ocioso, mediante el sacrificio en el altar de la burla de ideales nobles y dignos siempre de toda veneración.

Sigamos Sancho, que tengo el presentimiento de que la providencia nos depara una muy noble y loable sorpresa. El sendero había cambiado de pronto mediante un brusco descenso y a su vez el horizonte se tornaba grisáceo y plomizo. A Sancho le comenzaba a resultar un poco más pesado el clima siéndole algo más dificultoso el respirar. Siguieron descendiendo hasta llegar a una especie de plataforma en donde el camino parecía tomarse un reposo. Se acercó Sancho al borde de aquel balcón y le pareció oír como unos quejidos agudísimos que salían de la bruma que cubría la parte inferior de la ladera. Una especie de corriente aérea comenzó a disipar aquella nubosidad y un enorme peñasco apareció en el fondo de cuya base sobresalían la cabeza, hombros y brazos de una angustiada persona que en vano forcejeaba con sus dedos y uñas por liberarse de aquel enorme peso. Fijamente le estaban observando Don Quijote y Sancho, cuando llegaron a percibir como de su pecho manaba un reguero de sangre que luego se tornaba en unas malignas sabandijas provistas de unos afiladísimos dientes y uñas, las cuales se volvían veloces hacia la roca a la que penetraban por unos resquicios habidos en la base de la misma. Surcos umbrosos aparecían en el rostro de aquel paciente, mostrando con ello el inmenso dolor a que estaba sometido.

Mira hermano Sancho, dijo Don Quijote, ese es el bandolero Roque Guinart. Comulgar con el crimen bajo la apariencia de justicia es acumular un peso enorme sobre uno mismo que acabará por aplastarte. La sangre derramada germina en la conciencia del violador de la vida en toda esa clase de inmundas sabandijas que surgen a la existencia con el instinto feroz de devorar al que las engendra. Ciclo horrendo que sólo se interrumpirá cuando la sangre se torne en un agua pura y cristalina por cuyo cauce subirán las ninfas a liberar a ese cautivo de tan angustioso tormento.

Desde esta breve plataforma se comenzaba de nuevo el ascenso en forma de línea recta y por ella siguieron sus pasos Don Quijote y Sancho. El horizonte volvía a tomar el aspecto de un radiante amanecer a través de un combinado de colores rosáceos y otros mucho más rojizos. Una brisa suave hacia aún más placentero el caminar por aquella cumbre de collados. Pronto les llamó la atención uno de aquellos peñascos situado a la vera del camino, por tener unas fuertes rejas que cerraban el acceso a su cavidad interior. A medida que se fueron acercando pudieron distinguir tras aquellos barrotes a un anciano, ancho de espaldas, nariz aguilena y barba y cabello plateados.

Acercáos, les dijo. Sois mis más preferidas creaturas. Os estaba esperando. Acabáis de conseguir por vosotros mismos una perfección que yo no os di, por eso estaba determinado que seríais vosotros los que con vuestra virtud adquirida en el ejercicio de vuestra libre voluntad me liberaríais a mí para que pueda ascender al lugar que me ha sido asignado.

Don Quijote y Sancho se inclinaron con una profunda reverencia. Fue entonces cuando en tono aún más solemne, continuó Don Miguel de Cervantes Saavedra, pues éste era el nombre de aquel venerable anciano.

Mi amado Alonso Quijano. Yo te hice caballero andante no sólo de España, sino del mundo entero. Y tú, no menos querido Sancho Panza, conjuntamente compartirás la gloria de tu Señor, pues sin ti, ni él hubiera llegado a proyectarse plenamente en su existencia, ni el mundo le habría podido comprender en su total dimensión. Acercaos aún más, y poned vuestras manos sobre estos barrotes para que yo pueda salir definitivamente de mi prisión.

Se adelantó primero Don Quijote y puso sus manos sobre aquel forjado hierro, mas Cervantes precisó: Pon las tuyas también, hijo Sancho, pues sólo la virtud unida de los dos puede producir el efecto de derribar cualquier obstáculo. No dudó Sancho y dando una buena zancada se aproximó a las rejas y apretó con ambas manos aquellos robustos hierros ennegrecidos. Instantáneamente se

oyó un chasquido y éstos se desplomaron formando un montón de chatarra. Don Miguel de Cervantes Saavedra cruzó aquella línea divisoria que le separaba de sus creaturas y conjuntamente ya con ellas continuaron la ascensión hacia la cumbre.

Un arco iris majestuoso irradiaba una luz tan esplendente que había tornado la aurora de un amanecer en la plenitud radiante del medio día solar. Frente a los tres apareció una bellísima mujer la cual estaba vestida con una túnica blanca y un manto azul celeste. Sus cabellos descendían por su manto cual cascada espumosa de oro, mientras que sus pies se posaban desnudos sobre una nube reluciente. Una banda dorada cruzaba su pecho con la inscripción en letras rojizas: Dulcinea del Toboso.

Avanzó Don Miguel de Cervantes con Don Quijote hacia la nube sobre la que posaba la dama, y ya muy cerca de la misma le dijo el creador a su creatura: Esta es tu Señora Dulcinea del Toboso. Nunca te la presenté durante el curso de tu existencia en la tierra, porque la llevabas siempre dentro de tu corazón. Es la proyección del ideal de tu mente que ahora ya puede tomar forma. La firmeza de tu valor y el deseo de justicia necesitaban sustentarse en un amor limpio y puro hacia lo honesto, lo bello y lo sublime de todo conocimiento. No podíais vivir separados y ahora ya tenéis vuestro puesto reservado en el paraíso.

La vestimenta de Don Quijote había sufrido una nueva transformación: una capa roja había aparecido sobre sus hombros y los bordes de su túnica estaban marcados por unas rayas doradas. Sobre su pecho y a modo de escudo estaba bordado en oro un corazón en torno al cual unas letras inscritas en color azul decían: Alonso el Bueno, Don Quijote de la Mancha. Una nube blanca se posó bajo sus pies, y ambos, Don Quijote de la Mancha y Dulcinea del Toboso comenzaron a desplazarse hacia la luz que se irradiaba desde el centro de aquel gigantesco arco iris cuyo diámetro demarcaba todo el horizonte.

A medida que se adentraba la vista bajo aquel glorioso arco, la luz se intensificaba más y más, y los ojos de Sancho ya no pudieron seguirles. Don Miguel de Cervantes se volvió hacia Sancho que no cesaba de restregarse sus humedecidos párpados, y con muy suaves y reposadas palabras le dijo:

Ya vas a volver de nuevo a tu lugar de la Mancha. Tu esposa, tus hijos y todos tus conocidos te están esperando También tu rebaño necesita que le recompongas. Los nuevos conocimientos que has adquirido superan las pérdidas que has sufrido. Ya has podido ver y comprobar como la tan an-

helada gloria sólo es entregada como premio de la virtud. No te asuste lo arduo y espinoso de su senda, y acostúmbrate a iluminar cada dificultad con la luz que dimana del ideal de la corona de gloria que pretendes poseer en la culminación de tu vida. Yo me voy en busca de mis otras creaturas con el fin de acompañarles también hasta esta puerta que da acceso a la gloria final en donde también espero poder entrar acompañando a la última de ellas.

Con paso un poco lento, pero majestuoso, comenzó a caminar Don Miguel de Cervantes descendiendo por una de las innumerables veredas que allí confluían. A medida que se alejaba iba notando Sancho como la luz disminuía y comenzó a sentir un adormecimiento que le sumía en aquellas tinieblas que le iban envolviendo. Sintió una especie de picor en la cabeza y al querer arrascarse con su mano derecha notó que su cuero cabelludo lo tenía envuelto en una especie de turbante a la turquesa.

PARTE TERCERA

El testamento

Unos gritos estentóreos: ¡Ha despertado!, ¡Ya ha vuelto en sí!, ¡Sancho!, ¡Padre!, ¿cómo te encuentras?, fueron los salves con que prorrumpieron Teresa Sancha y Marisancha al observar que su esposo y padre había comenzado a parpadear y abrir sus ojos, la cual gritería hirió de tal modo los oídos de Sancho que todo asustado medio se incorporó en el lecho en que yacía rodeado de almohadones y almohadas. Ambas se abalanzaron a sus brazos abrazándole y besando su rostro en la única parte que lo permitían los vendajes que cubrían la totalidad de su cabeza.

¿Dónde estoy?, dijo Sancho, dando muestras de un gran desconcierto. Estás en tu casa, le dijo su mujer. Has estado toda una noche y un día sin conocimiento, pero bendito sea Dios que ya te estás recuperando.

Intentó salir de la cama, Sancho; pero notó un fuerte dolor que desde las piernas se le extendía por todo el cuerpo. Su vecino Tomé Cecial, que en aquellos momentos había entrado en su casa para hacerle una visita mostró su alegría al verle ya vuelto en sí y dirigiéndose a él le dijo: ¡Ánimo, Sancho, ¡ Ya sólo falta quitarte los vendajes como a Lázaro.

Pero ¿podéis decirme, dijo Sancho, qué demonios me ha pasado? Bueno, calma, dijo su vecino.

Estos accidentes suelen traer peores desgracias. Pero ya nos ha dicho el médico que en cuanto te viniera el conocimiento sería cosa de un periodo de recuperación. Los cabritos y corderillos no pudieron resistir la granizada, que ha sido una de las peores que ha caído desde hace mucho tiempo en este pueblo. Yo no recuerdo otra igual. Figúrate que algunos granizos tenían un tamaño semejante al de una nuez. ¡Claro!, estos animalillos tan tiernos no pudieron soportar semejante pedrea, mas para San Andrés ya estará compuesto otra vez el rebaño y tú ya los podrás llevar de nuevo a pastar.

Pero... ¿de qué granizada o pedrea me estáis hablando?, dijo Sancho, mostrándose cada vez más intranquilo y confuso. Bueno, continuó su vecino, no debes darle tanta importancia. De hecho lo peor fue lo del rayo que chamuscó la atalaya bajo la que estabas durmiendo, y gracias sean dadas a Dios que has podido salvar la vida. Sospechamos que algo te había pasado al no haber venido con el rebaño aquella noche y tu mujer comenzó a intranquilizarse por lo que el Peruelas y yo fuimos a buscarte y te encontramos tendido boca abajo como a unos treinta pasos de la atalaya, la cual como ya te he dicho estaba chamuscada y resquebrajada. Pensamos que estabas muerto, y como tal te trajimos a tu casa, pero el médico enseguida notó que respirabas y nos dio esperanza de que podrías recuperarte.

¡Válgame Dios y todos sus santos!, dijo Sancho dejándose caer sobre los almohadones de su cabecera. ¿Y qué le ha sucedido a mi rebaño? Están todos los animales en el corral, le dijo su mujer, menos los cabritos y corderos que hemos tenido que tirárselos a los perros de tan mal que quedaron. Pero no te preocupes por eso, marido, que para San Andrés como dice Tomé, ya tendremos otros. Lo importante es que tú te mejores pronto.

En aquel momento Sanchico entró en la habitación diciendo: Padre, el médico viene a verte. Efectivamente con cara sonriente entró Don Ricardo de las Vegas, médico de aquel lugar. Lo primero que hizo después de saludar a Sancho fue tomarle el pulso, hecho lo cual, con muestras de satisfacción dijo a los allí presentes: Todo va muy bien. Las vendas se las cambiaremos mañana. Ahora denle sólo caldos. Mañana al atardecer ya podrá comer unas sopas de ajo. Esperamos que su recuperación siga este buen camino.

Aquella noche durmió Sancho como unas tres horas aunque no tan plácidamente como él hubiera deseado, pues los chichones de la cabeza, magulladuras y demás contusiones de sus brazos, espaldas y piernas no le permitían más que muy pequeños movimientos tratando de buscar la postura más propicia para el reposo y buen descanso.

Al día siguiente dio muestras de seguir bien su recuperación, pues al buen color que mostraba su rostro había que añadir el de su buen apetito. Aquella tarde después de las sopas de ajo que le había recetado el médico pidió un buen pedazo de pan con tocino y cebolla.

Fue después de haber acabado Sancho esta buena reposición, cuando vino a verle el Señor Cura manifestando igualmente el agrado y satisfacción que para él suponía el encontrarle en tan buen estado. Como ante la gravedad que había presentado Sancho después del accidente sufrido le había administrado el santo sacramento de la extremaunción, quiso aprovechar precisamente este momento para darles una explicación de este sacramento cuya finalidad, les dijo, no era únicamente la de preparar el alma para una feliz entrada en la otra vida, sino también la de fortalecer la salud del cuerpo siempre que según la voluntad de Dios esto fuera lo más conveniente para el enfermo. Este era, pues, un caso obvio en el que el designio divino manifestaba su benevolencia para con el buen Sancho. Atento estuvo Sancho a la explicación que acababa de propiciarles el Señor Cura cuando haciendo un esfuerzo por erguirse en su lecho y tratando de acomodarse mejor entre sus almohadas, les hizo una señal a su mujer e hijos para que le dejasen a solas con el Señor Licenciado.

Al lado de la cama tomó asiento el Señor Cura frente a Sancho, y una vez estuvo cerrada la puerta, apoyando su vendada barbilla sobre los dedos entreabiertos de su mano derecha, le dijo Sancho con tono pausado y sentencioso:

Estoy plenamente seguro y lo afirmo con toda clarividencia de que he acabado de vivir una doble existencia. Una de ellas ha debido de ser inconsciente, por lo que me dicen que me pasó estando durmiendo la siesta bajo la atalaya a la que resquebrajó y chamuscó un rayo, dejándome a mí en el estado en el que ahora me encuentro. Mas la verdadera vida que yo he vivido durante todo este período de tiempo y de lo cual estoy, repito, completamente cierto, es muy diferente. En ella recibí con plena justicia, tres mil doscientos noventa y dos azotes que son exactamente los que yo había simulado darme cobrándoselos después en dineros a mi Señor Don Quijote. Luego le encontré al mismo Don Quijote en persona cubierto de sudor, barro y polvo, el cual me pidió que le liberase de unas cadenas en las que estaban amarrados sus pies y manos.

Inmediatamente le interrumpió el Señor Licenciado: ¿Pero te estás refiriendo, Sancho, al difunto Alonso Quijano?

Al mismo, Señor Cura, respondió Sancho, pues para mí es y será siempre mi Señor Don Quijote.

Después, continuó Sancho, limpio ya su rostro y túnica, y recuperado su buen color y presencia, continuamos caminando juntos por un sendero que se nos ofrecía entre unos riscos a cuyos lados se abrían unos abismos que sólo al mirarles me entraba un gran pavor. Nos encontramos con un tal Juan Haldudo, a quien conocía muy bien mi Señor Don Quijote, el cual estaba cumpliendo una penitencia. Muy duro se las tenía con unos insectos extremadamente feroces. También nos encontramos con unos galeotes a quienes mi Señor y yo ya conocíamos, los cuales se las veían y deseaban al tener que arrastrar una pesadísima cadena entre unos zarzales y además estaban continuamente amenazados por unos caballos con cabezas humanas que les asestaban fortísimas coces al menor respiro. Así, pues, no tenían más remedio que seguir arrastrando la cadena entre aquella maleza.

¡Sancho! Le volvió a interrumpir el Señor Licenciado. No le des más importancia al caso. Esto ha sido un sueño o pesadilla que has tenido. Ya verás como enseguida te repones de este accidente.

¡Voto a tal!, respondió Sancho con un rostro cuyo enrojecimiento aún resaltaba más la blancura de los vendajes. ¡Juro por la memoria de mis padres, abuelos, bisabuelos y toda mi parentela, que esto que le estoy contando es tan verdad como que ahora estoy hablando con usted, Señor Cura! También vimos a los Señores Duques con su servidumbre ... nunca había visto una carrera tan descomunal como la que tenía que mantener Don Pedro Recio, perseguido por una caterva de animales domésticos. Nos encontramos luego con el bandolero Roque Guinart. Muy mal lo estaba pasando bajo un enorme peñasco que le tenía medio aplastado. ¡Ojalá, le hayan ya socorrido las ninfas!

El Señor Licenciado no pudo menos de cubrirse el rostro exclamando para sí: ¡Dios mío!, este hombre se nos ha trastornado. Estamos ante un nuevo caso de locura semejante al de Alonso Quijano.

Mas hay algo mucho más maravilloso, continuó Sancho, y es que mi Señor Don Quijote y yo estuvimos con nuestro creador.

Con Dios Nuestro Señor, querrás decir, quiso precisar el Señor Licenciado.

Pero... ¿cómo iba a ser Dios Nuestro Señor, replicó Sancho, si estaba entre barrotes y mi Señor y yo le liberamos de aquella prisión? Se llamaba Don Miguel de Cervantes Saavedra.

Ese es el nombre de un escritor y soldado, dijo el Señor Licenciado, el cual hace tiempo pasó por nuestro pueblo y ciertamente que sí tendría alguna cosilla que purgar.

Lo cierto continuó Sancho, es que continuamos caminando con él y nos dijo tan maravillosas cosas

que yo voy a tratar de recordarlas. Por fin llegamos ante un arco iris tan radiante como yo jamás había visto otro igual, y en aquel pórtico estaba esperándonos una bellísima señora que posaba sus pies sobre una nube blanca.

Sin duda, que sería alguna aparición de Nuestra Señora, pretendió aclarar el Señor Licenciado.

No señor, dijo Sancho. Sino que era la misma Dulcinea del Toboso a quien yo no había llegado a ver hasta ese preciso momento, como tampoco mi Señor Don Quijote. Don Miguel de Cervantes se la presentó a mi Señor, y ambos en una misma nube se fueron alejando hacia una luz que acabó por deslumbrar mis ojos.

Hizo una pausa Sancho, mostrando en su semblante los síntomas de una profunda nostalgia. Mas enseguida, pudo continuar: mi creador, Don Miguel de Cervantes, se despidió de mí con unas muy amables y cariñosas palabras que también voy a procurar recordar porque quiero dictárselas para que me las ponga por escrito y puedan leérmelas de vez en cuando y así no se me puedan borrar de la memoria.

Dicho todo lo cual, Sancho se reclinó sobre su cama mientras el Señor Cura le ajustaba los almohadones buscando la mejor comodidad para aquel averiado cuerpo y cerebro. Al ver que entornaba sus ojos dando muestras de querer dormir, salió con sumo cuidado de la habitación cerrando tras sí muy pausadamente la puerta.

Así que Teresa le vio salir se le acercó deseosa de oír alguna buena noticia sobre su marido. Está descansando, dijo el cura. Necesita mucho reposo, y sobre todo una buena alimentación. Este accidente le ha debilitado algo la mente y sufre una confusión al no poder distinguir bien entre lo que son meros sueños y la pura realidad.

Al oír esto, Teresa se llevó las manos a la cabeza exclamando: ¡Ay, Santo Dios!. Sólo falta ahora que haya cogido la enfermedad de Alonso Quijano. ¡Dios mio., y qué de locuras no se le ocurrirán ahora a mi marido!

No creo, le respondió el cura, que esto vaya a ser muy duradero. Desde el momento que comience a comer bien, todo se le pasará pronto.

Se despidió el cura de su buena parroquiana y tan pronto hubo pasado el dintel de la puerta, Teresa Panza comenzó a preparar para su marido una buena cazuela de sopas de ajo, a la añadió un plato repleto de huevos cocidos, jamón y queso.

Muy bien cenó aquella noche Sancho Panza. Al degustar el sabor del buen queso y jamón, pidió que sirvieran también vino, y tras propiciarse unos solemnes tragos con un cuenco que le trajeron se

quedó profundamente dormido con la paz y calma requeridas por un justo descanso después de la vivencia pasada conjuntamente entre los órdenes temporal y eterno.

Despertó Sancho con los albores del nuevo día y notó que aquellos vendajes de la cabeza ya no le hacían mucha falta, es decir, le molestaban. Cuando entró a verle su mujer al punto le pidió le quitara aquellos estorbos y ésta le consoló prometiéndole que entrado un poco más el día iría a llamar al médico para que le curara de nuevo y se las quitase.

Accedió Sancho a la prudente consideración de Teresa, mas de pronto se sintió como en un ambiente especial de intimidad lo cual le sugirió la idea de hacerle partícipe también a su mujer de la extraordinaria vivencia que había tenido, y a la vez comunicarle la firme resolución que durante la misma había tomado. Incorporándose ya con cierta destreza hasta la mitad de su cuerpo, le dijo:

Mira Teresa, quiero que sepas que mientras vosotros me traíais del campo y me atendíais aquí, yo he estado viviendo en otro mundo algo muy diferente a esta realidad nuestra. En un principio creí estar muerto y tuve un gran pesar por no haber hecho aún en esta vida mi testamento, pero mi Señor Don Quijote me aseguró que estaba vivo, porque mi cuerpo no reflejaba la luz y mi rostro daba los síntomas de la respiración. Así, pues, quisiera que tengas a bien que cuando venga el Señor Cura, el cual va a poner por escrito todas las razones y buenos consejos que recibí de mi Señor Don Quijote y de nuestro creador Don Miguel de Cervantes Saavedra, le dicte también el repartimiento de nuestros bienes para que así a mí no me sorprenda la muerte con semejante omisión cuando Dios quisiera enviármela, ni tú te encuentres de improviso con el difícil y duro problema de tener que hacer sola dicha repartición entre nuestros hijos.

El rostro de Teresa Panza reflejó una aguda convulsión cual si la descarga de un violento látigo hubiera cruzado su rostro. Ocultó su cara entre ambas manos y volviéndose a la ventana que daba al corral apenas pudo musitar unas palabras: ¡Señor Jesucristo de todas las Misericordias!, ciertamente mi marido está tan loco como lo estuvo el Señor Alonso Quijano.

Mientras tanto, Sancho continuaba insistiendo en su propósito e idea: un buen testamento debe ser en toda familia como la base de donde dimana el orden de un buen gobierno.

Así hablaba aquel ex gobernador señalando con su dedo índice el techo de su aposento.

Pero marido mio, le interrumpió su mujer. Apenas conteniendo las lágrimas. Si tú te vas a poner muy pronto bien. No tienes porqué pensar en testamentos ni en muertes.

Ya me estás otra vez interpretando mal las cosas, le atajó Sancho en tono correctivo y autoritario. Los testamentos nos corresponde hacerlos a los hombres y es algo que debe estar preparado desde un principio. La muerte nos la manda Dios cuando le place. Como bien debieras apreciar se trata de dos cosas muy distintas: una depende de nosotros mismos y la otra de la voluntad divina.

Pero escúchame, marido, contraatacó Teresa. ¿Cuáles son los bienes que tenemos que repartir? Apenas si nos corresponderían tres conejos y cuatro gallinas con dos pollos a cada uno, y lo demás ya no se puede ni dividir. ¿Acaso piensas que vamos a repartir alguna ínsula o condado? Por de pronto lo primero que voy a hacer es cambiar uno de los cerdos por un par de jamones curados pues es necesario que recuperes cuanto antes tu cerebro que se te ha debido de secar cuando ese mal aventurado rayo chamuscó la atalaya bajo la que estabas durmiendo. Ya te había dicho yo que no me gustaba ese terreno de la viuda pues está demasiado lejos del pueblo.

Iba a contestarle o más bien reprenderla Sancho, mas en aquel preciso momento llamaron a la puerta de su casa y Teresa salió precipitada a ver quién era. Se trataba de una muy honorable visita. El médico que solía madrugar en aquellos calurosos días de verano, decidió hacerle una nueva visita al enfermo aprovechando la frescura de la mañana mejor que durante el bochorno del día. Igualmente el cura que durante esta época del año celebraba la misa muy pronto al amanecer, también había tenido la idea de visitar a Sancho, con lo que ambos vinieron a coincidir en la puerta del que fuera escudero del Ingenioso Caballero de la Mancha. A Teresa le agradó sobremanera esta visita, pues su ánimo estaba sintiendo la angustia de esa sobrecarga recibida al cerciorarse por sí misma de cómo su marido había realmente contraído aquella clase de locura tan temida.

Al invitarles a pasar dentro de su casa, lo primero que preguntó Don Ricardo de las Vegas fue por la salud de Sancho. Teresa se pasó la mano por la cabeza y con cierto aplomo le insinuó: lo de fuera va mejor, ¡pero lo de dentro...!

Calma, mujer, calma, le dijo el cura. Esperamos que esta locura se le pase pronto, ¿no es verdad?, Señor Doctor. Así lo creo yo, le aseveró el médico, pues estos trastornos mentales suelen ser pasajeros y una vez que comience el curso de su vida normal desaparecen por sí mismos. Que Dios así lo quiera, puntualizó la mujer de Sancho.

Teresa, sin haberse apercebido de ello, había dejado la puerta del aposento de Sancho más que medianamente abierta, lo suficiente para que éste pudiera seguir perfectamente toda la conversación que tuvo lugar entre los huéspedes y su mujer.

Cuando éstos se dirigieron a su habitación, Sancho simuló estar dormido y esperó a que le despertasen.

Mira marido, le dijo su mujer, palmoteándole en el hombro. Aquí está Don Ricardo y el Señor Cura que vienen a verte. Inició Sancho un disimulado desperezarse mientras que el médico en tono jocoso bromeó con él diciéndole: Vamos, que no se puede dormir así la mañana cuando el rebaño te está esperando para salir a pastar. Doctor, dijo Sancho restregándose aún los ojos. ¿Me podría quitar ya estos vendajes, pues me siento muy incómodo con ellos?. Le puso primero el médico la mano sobre la cabeza y seguidamente comenzó a auscultarle el pecho y la espalda. Al cerciorarse de que ya podía extender perfectamente ambas piernas dio muestras de satisfacción y comenzó a desligarle las vendas. Apareció su cabeza rapada, rasura que le había hecho el barbero maese Nicolás, en la que se podían apreciar aún los vestigios de una multitud de ya desinflados chichones. Todo va muy bien, dijo el médico, pero hay que continuar todavía con un cierto cuidado.

El cura quiso también animar a Sancho recordándole que el próximo año le correspondía presidir la fiesta de San Roque, a cuya cofradía pertenecía. Para entonces, bromeó el cura, ya te habrá crecido el pelo y podrás danzar ante el santo. Eso creo yo, dijo Sancho, pues bien sabe San Roque que nunca he dejado de festejarle con mi danza. Una cosa quisiera pedirle, Señor Cura, y es que tengo deseos de hablar con el Bachiller Sansón Carrasco sobre ciertos asuntos conciernes a mi hacienda. Le prometió el Señor Licenciado que así se lo comunicaría aquella misma mañana, y al atardecer vino efectivamente el Bachiller a ver a Sancho.

Sansón Carrasco ya había venido a ver a Sancho anteriormente durante el período de su estado inconsciente, dando muestras con ello del gran interés que tenía por su salud. Al encontrarle tan mejorado se alegró mucho de que todo fuera tan bien. Sancho le comunicó en privado que quería redactar su testamento cosa que le pareció muy bien al Bachiller y le prometió que volvería al día siguiente con todo lo necesario para llevar a cabo su deseo.

Amaneció aquel nuevo día y Sancho se levantó por primera vez de su lecho. Aunque cojeaba un poco de su pierna derecha comenzó a pasearse por su habitación meditando lo que pensaba dictar para la redacción de su testamento. Sin embargo, tuvo primero que tomar asiento para liquidar el descomunal desayuno que le trajo su mujer la cual había concebido el firme propósito de combatir la perturbación mental de su marido de una manera indirecta. Muy bien le supo en esto cumplimentar Sancho. Aquella mañana desayunó pan con leche, ja-

món, chorizo, tortilla, queso, cebolla y unos peras que le había regalado su vecino traídas directamente de la huerta.

Terminada toda aquella recepción, salió Sancho al corral y comenzó por echarles un vistazo a las gallinas y conejos; a los tres cerdos y pollinos, deteniéndose luego ante las ovejas y las cabras. Faltaban los corderillos y cabritos. ¡Qué buena mañana para haberla pasado en el campo pastoreando a su ganado!. Pero de nuevo volvió a concentrar su pensamiento en la redacción de su testamento. Se trataba de algo no sólo muy importante para él, pero sobre todo, que lo consideraba como sagrado. Este pensamiento le impulsó a ir de nuevo a su habitación. Apenas se había sentado a la cabecera de su cama, cuando oyó ladrar a los dos perros del vecino. Aquello era sin duda alguna el anuncio de la llegada del Bachiller Sansón Carrasco como así fue en efecto. Por fin todo estaba dispuesto para aquel acto solemne.

Se acomodó el Bachiller al lado de una mesita que había en el fondo del aposento, y Sancho comenzó a moverse de un lado para otro marcando su paso con su leve cojera. De pronto se detuvo y dijo en tono solemne:

“En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Yo, Sancho Panza, teniendo y gozando, como siempre así ha sido, del pleno uso y conocimiento de mis facultades, entendimiento y memoria, manifiesto mi libre voluntad asignando la posesión de los bienes a mí pertenecientes a mi esposa e hijos, caso de que me sorprendiere la muerte, cosa que Dios no permita. Asigno como pertenencia de mi mujer, Teresa Panza, la casa, dos tercios de las gallinas, conejos, cabritos, corderos y de los ahorros acumulados, mas un pollino, una cabra y una oveja. El resto de mi hacienda sea repartido a partes iguales entre mis dos hijos.

Quiero evitar con esto, y este es mi fundamental deseo, el que surjan disputas malévolas y sectarias, como suele acontecer, las cuales siendo destructivas en sí mismas van contra los principios de nuestra santa religión cristiana y las más elementales normas de la vida humana.

A mi hijo Sanchico deseo consiga siempre el mejor aprovechamiento en su vida. Tenga siempre en cuenta y además como cosa cierta, que la conquista del honor y la gloria es una aspiración legítima en la vida humana, todo lo cual sirve de estímulo para el bien obrar. Mas si estos dones sobredichos no se consiguieran en este mundo, como de hecho así suele suceder en la mayoría de los casos, no se tengan por perdidos todos los esfuerzos debidamente empleados. Esto lo puedo afirmar yo muy claramente porque lo he visto realizado en la persona de mi Señor Don Quijote y así me lo mos-

tró igualmente mi creador Don Miguel de Cervantes Saavedra, con los cuales yo he podido convivir en su otra vida. Allí pude ver y apreciar cómo la gloria constituye la más digna corona de todas las buenas intenciones que fueron culminadas con sus obras correspondientes, y como el honor tampoco a nadie le es denegado. Por consiguiente, le aconsejo a mi hijo Sanchico que siga siempre este buen camino, para lo cual sírvase escuchar y seguir de cerca a los hombres de letras pues de ellos irá aprendiendo las formas y modos propios de vivir según los caminos de la justicia.

No le aconsejo se haga caballero andante, por el peligro que en sí lleva esta clase vida al tener que enfrentarse con multitud de locuras, como le aconteció a mi Señor Don Quijote, quien de todo ello ciertamente que murió muy arrepentido. Mas por no saber distinguir con plena claridad y precisión el ideal de la justicia y del amor, y el de su aplicación práctica en la vida, lo cual constituyó su gran error, muy mal lo estaba pasando en la otra vida hasta que llegué yo y le pude liberar de aquella esclavitud.

Tampoco le aconsejo a mi hijo se haga escudero de ningún caballero andante, pues la fidelidad obliga a arduos sacrificios que la debilidad humana a veces no llega a superar, sobre todo, cuando se deja uno influir por la ambición humana. Entonces de tal modo se degenera la conducta, deslizándose hacia un estado de falsedad, que luego tienen lugar sus duras consecuencias, pues hay que pagar muy costosamente todo ello en la otra vida. Esto lo sé yo de muy buena tinta, pues sufrí allí un vapuleo tal que estos chichones de mi cabeza y demás magullones que tengo por todo el cuerpo antes que a esa granizada de que me habláis yo los atribuyo a unos fantasmas, que actuando como descomunales esbirros me dejaron hecho un ovillo después de propinarme tres mil doscientos noventa y dos latigazos en pago del fraude con que yo había burlado a mi Señor Don Quijote.

Olvídese además mi hijo de llegar a hacer a nadie cualquier clase de burla, pues también pude ver cuán duramente eran castigados los señores duques y su servidumbre por esta clase de transgresiones.

Así, pues, para vivir el ideal del caballero andante no es necesario abandonar ni su hogar ni su pueblo, sino que procure hacer el bien a todos y evite hacer daño a nadie. Esta ha de ser la base y su verdadero trasfondo en el bien obrar, de forma que todo aquel que llegare a descubrirlo y mostrare verdaderos deseos de seguirte deberás aceptarle como a un buen amigo.

Cásese mi hija Marisancha con quien a ella mejor le aviniere y viva siempre en paz y armonía con

su marido. Si éste diere en conocimiento de los altos ideales del caballero andante y quisiere vivirlos desde su hogar, apóyele en todo ello, pues conquistará también la gloria y hermosa corona que yo mismo vi tenía Dulcinea del Toboso cuando al lado de mi Señor Don Quijote, caminaron ambos hacia una luz admirable.

Si yo partiere de este mundo antes que mi mujer Teresa Panza, sepa que le estaré siempre esperando en ese otro mundo hasta que la vea coronada con la gloria y corona que bien merecidas las tiene por su absoluta entrega y vida tan sacrificada con incontables abnegaciones en favor de su marido e hijos.

Dado en esta villa de la Mancha a un año y medio de la muerte de mi Señor Don Quijote y en presencia del Bachiller Sansón Carrasco como testigo que ratifica lo por mí dicho y por él escrito con su signo personal y que a su vez yo igualmente corrobore con el mío.

Leyó Sansón Carrasco con un tono solemne y muy pausado todo el documento que acababa de

escribir, el cual aprobado por Sancho, fue sellado, y una vez enrollado, lo tomó éste y se lo colocó bajo su brazo.

Teresa obsequió al Bachiller con un vaso de leche y frutas, y aprovechando una ocasión le hizo unas señas significativas sobre lo trastornado que se había puesto su marido. No supo o no quiso el Bachiller corresponder con una respuesta apropiada a aquella insinuación, sino que únicamente se limitó a hacer un breve comentario de la idílica vida pastoril que pensaba iniciar algún día para lo que creía contar con la buena compañía y colaboración de Sancho, quien así se lo prometió para cuando ya le hubiere crecido el pelo y desapareciera aquella cojera inoportuna.

Se despidió el Bachiller Sansón Carrasco y Sancho le dio su adiós blandiendo el pergamino enrollado de su testamento que luego se volvió a colocar bajo el brazo, permaneciendo firme bajo el dintel del portal de su casa como testigo verídico que iba a ser de un caluroso día de verano en aquel lugar de la Mancha.



BREVES NOTAS DE TOPONIMIA A PROPÓSITO DE URUEÑA (VALLADOLID) (II)

José Antonio Ranz Yubero
José Ramón López de los Mozos

I. INTRODUCCIÓN

Vuelve a aparecer en el número 24 de Parpalacio, una serie breve de topónimos de interés histórico, igualmente conformados -cronológicamente- y referidos también a Urueña, que ahora, en esta segunda entrega, que abarca desde los años 1345 hasta 1559 (siglos XIV-XVI, por tanto), vamos a tratar de desentrañar.

Dado que los datos de Parpalacio llegan ya hasta finales del siglo XVI, es posible que no podamos proceder al estudio de nuevos posteriores topónimos.

A no ser que resulte lo contrario, seguiremos contribuyendo al conocimiento de la toponimia local o menor vallisoletana con estas sencillas notas.

Nuestro ánimo no es otro que la búsqueda de topónimos significados aplicables a distintos órdenes de investigación: topónimos mayores y menores, antropónimos, hagiónimos, fitónimos, etc., para así confeccionar un fondo, temáticamente establecido, al que poder recurrir en cada momento para poder dar explicación a un nombre (topónimo) desde diferentes puntos de vista e interpretaciones¹.

Evitaremos la repetición de los topónimos ya explicados en el capítulo anterior suprimiéndolos debidamente, asimismo no vamos a hacernos eco de la bibliografía ya mencionada. Aquellas obras de referencia utilizadas en este trabajo, y que no aparecen en el anterior aparecerán en nota correspondiente.

II. NÓMINA TOPONÍMICA

A

Anunciación, monasterio de la (Urueña) ²

E

El Bueso, Abadía de ("cabe Urueña", benedictino) (1559) ³

El Bueso, dedicado a San Leandro (1529) ⁴

El Bueso, monasterio de (capilla dedicada a la Anunciación) (1451) ⁵

Espina, La (1542)

S

San Benito de Valladolid

San Cristóbal, huertas de la ermita de (Urueña) (1382) ⁷

Santa Marína de Manzanera (=Villalbín) (hacia 1390) ⁸

Santa María de Urueña, priorato de la Orden de Calatrava (1397) ⁹

Santa María, parroquia (Urueña) (1345)

T

Toro (Zamora)

V

Villalavín (cerca de Urueña, de los dominicos) (1559) ¹⁰

Villalbín, convento (1382)

Villaralbín, monasterio (cerca de Urueña, de los franciscanos) (1559)

III. CONCLUSIONES

Al igual que en el trabajo precedente se puede comprobar a través de esta nómina, en lo que a la zona de *Urueña* se refiere que vienen a confluír toponimia e historia. De ahí que predominen los referentes a la hagi-toponimia, como señal distintiva de la época de repoblación, frente a la de dominio árabe: *Anunciación*¹¹, *San Cristóbal*, *Santa Marina*, *Santa María (2)*, *La Espina*, topónimo éste que aunque en principio pudiéramos pensar que alude a la riqueza o singularidad de algún espino, por la historia sabemos que el nombre se debe al "Cristo de la Espina".

Vuelve a repetirse una denominación que lleva incorporada la referencia de quien fue su tenente: Villavín, Villalbín, Villaralbín.

Un topónimo que aparece tres veces y que responde a los parámetros de la repoblación, basada en el cultivo y aprovechamiento de las tierras es *El Bueso*, que primera-

mente se podría relacionar con un antropónimo como *Don Bueso* (Ávila), pero que siguiendo a Menéndez Pidal¹² es preferirle emparentarlo con BOSIUS, tal vez alusivo a `pastizales para los bueyes`.

Dado que la fecha de los documentos que se manejan en esta nómina es bastante posterior a la precedente, es significativo el cambio que se produce, ahora son ya nombres romances, "castellanos" podríamos designarlos, basados en la liturgia cristiana y en el aprovechamiento del terreno.

NOTAS

(1) Vid., **RANZ y LÓPEZ DE LOS MOZOS**, "Breves notas de toponimia a propósito de Uruña (Valladolid)", *Revista de Folklore* (Valladolid, Caja España), e/p.

(2) Se trata del diminuto monasterio, fundado poco después del año 1382 por don Bueso y otros beatos separados del conventín de Villalbín, que fueron a vivir a las huertas de la ermita de san Cristóbal.

(3) Según el escrito del arcediano del Alcor, D. Alonso Fernández de Madrid.

(4) En esta época *El Bueso* tiene lugar preferente, con escudo por tanto, en la sillería del coro de San Benito de Valladolid.

(5) Reconstruída por D. Pedro Téllez Girón, Maestre de Calatrava y señor de Uruña.

(6) Se trata de la fecha del amojonamiento del límite de los montes de la Espina y Uruña, con 27 hitos o mojoneros separados.

(7) Vid., nota 2.

(8) Hacia 1390, Villalbín cambió el nombre por el de Santa Marina de Manzanera, dependiente del vicario de Aguilera, de la provincia de Santiago.

(9) *La Crónica de las Tres Órdenes*, de Francisco de Bades, destinada al rey Felipe II, indica que este priorato desapareció por pérdida, pero sin indicar fecha alguna al respecto.

(10) Que no conviene confundir con el Villalbín de los franciscanos, puesto que los datos no son demasiado fiables -debidos al arcediano del Alcor, D. Alonso Fernández de Madrid-. Aunque también convendría tener en cuenta algún nombre más de los que figuran en la nómina anterior y en la que ahora presentamos: Villa Albín, Villa de Albine... , desde el año 944 hasta, al menos, 1559 (siglos X a XVI, con lo que ello entraña de numerosos cambios).

(12) Recordemos que en el anterior trabajo encontrábamos la iglesia de *la Anunciada*.

(13) MENÉNDEZ PIDAL, Ramón (1973): *Manual de gramática histórica*, Madrid, Gredos, pág. 65 (14ª ed.).



Notas sobre la medicina tradicional en Masegoso de Tajuña (La Alcarria, Guadalajara)

Luisa Angel Rodriguez
Lorenzo Martínez Angel



Nada nuevo decimos al afirmar que, en estos tiempos en los que la cultura tradicional es poco más que un recuerdo, resulta especialmente importante recoger la mayor cantidad de información posible sobre la misma, antes de que su desaparición sea absoluta

Dentro de este campo tiene un lugar importante el estudio de la medicina popular, al que últimamente se están dedicando interesantes trabajos¹.

En el presente trabajo proporcionaremos cuatro datos sobre medicina popular, utilizados durante los años 40 en Masegoso de Tajuña, localidad alcarreña de la provincia de Guadalajara

CURACION DE LA ICTERICIA POR TRANSFERENCIA AL AGUA CORRIENTE

En un interesantísimo trabajo de la Dra. Botas San Martín titulado La medicina tradicional

en Maragatería² se recogen referencias a los modos tradicionales de la curación de la ictericia:

"Primero, se escoge un río o arroyo y se sigue su curso en sentido inverso al de la corriente, para que la tiricia vaya río abajo en tanto el que la tiene camina río arriba. Después, el portador entra en un rebaño de ovejas y se deja rodear por el ganado, para que la tiricia pase a una oveja y el portador se libre. Por último se va a ver al manrribio."³

La explicación de este modo de curación es la siguiente:

"El tipo de curación por transferencia a otra persona, animal o cosa de una enfermedad se basa en el supuesto de que hay enfermedades que, en realidad, son seres o entes independientes, que pueden "pasarse" a otro huésped."⁴

Este tipo de prácticas se encuentra en muchos otros lugares; así, escribe Ingrid Kuschick con referencia a la curación de la ictericia:

"En algunos casos la enfermedad se transfiere al agua si se contempla agua corriente, que, entonces, se lleva la enfermedad consigo..."⁵

Visto lo anterior, también en La Alcarria se documenta que este tipo de curación por transferencia para la ictericia era practicado. La coautora de este trabajo contrajo la enfermedad citada en 1946 en Masegoso de Tajuña, una población alcarreña de la provincia de Guadalajara. El método de curación fue indicado por la tía Librada, y consistía en pasar un número impar de días sobre el puente que, por encima del río Tajuña, unía la localidad mencionada con Cifuentes. La posición debía ser mirando contra la corriente.

Una vez más se muestra con la repetición en diversos lugares, el substrato común de la cultura tradicional⁶.

CURACION DE LA TOS FERINA CON BABS DE CARACOL

El modo tradicional de la curación de esta enfermedad para los niños y niñas era el siguiente:

llevaban colgado un hisopo con trementina, que debían oler en el momento de la tos, y además tomar tres veces al día babas de caracol con miel. Las babas debían ser las que los caracoles dejan no tras lavarlos la primera vez sino al repetir la operación (es decir, después del segundo lavado)

CURACION DE LAS ANGINAS CON GALLINAZA BLANCA Y VEDEJA DE LANA

Para la curación de las anginas se cortaba de una oveja una vedeja de lana sin lavar, y dentro se introducía gallinaza de color blanco. Esto se aplicaba, sujeto con una bufanda o un tejido, sobre la garganta, lo que provocaba, además del lógico picor de la lana, gran calor. Esto debía llevarse un número de días impares, las 24 horas del día.

Los remedios de las babas de caracol y el que acabamos de indicar también fueron utilizados con la coautora del presente trabajo en su niñez.

CURACION DEL DOLOR DE OIDOS CON LECHE MATERNA HUMANA

Para la curación del dolor de oídos se aplicaba en los mismos tres gotitas de leche materna hu-

mana; si era para un varón, de una mujer que estuviera criando una niña y viceversa.

NOTAS

(1) Podemos citar, por ejemplo, la serie de artículos que D. José María Domínguez Moreno está publicando en la Revista de Folklore bajo el título Etnomedicina respiratoria en Extremadura (el primero aparecido en el nº. 229, del año 2000).

(2) ISABEL BOTAS SAN MARTIN, La medicina tradicional en Maragatería (Notas para el estudio de una mentalidad): Tierras de León 107-108 (1999) 149-180.

(3) ID., o. c., p. 177.

(4) ID., o. c., p. 176.

(5) SINGRID KUSCHICK, Medicina popular en España, Madrid 1995, p. 78. Cita, con respecto a esto trabajos como el de V. Lis Quibén titulado Medicina popular gallega (Revista de Dialectología y Tradiciones Populares 1 (1944-1945) 253-231 y 694-722).

(6) Sobre las conexiones entre la cultura tradicional de diversos lugares ya hemos trabajado en artículos como el siguiente

-LORENZO MARTINEZ ANGEL, Sobre mitología vasca: comparación y repetición - Revista de Folklore 229 (2000) 33-36.



EL AMOR EN EL CANCIONERO POPULAR

Juliana Panizo Rodríguez

El presente artículo tiene como objetivo ofrecer una serie de canciones recopiladas la mayoría en el Partido Judicial de Medina de Rioseco. Entre los informantes predominan las personas mayores de 80 años; algunos ya pasaron a la otra orilla, por ello quiero que sirva de homenaje póstumo a: Juana Cerecinos, Alejandrina Magdaleno, Jacinta Herreras, Martiniano Fimia, G. Alegre, M. Panizo y C. Rodríguez.

Del análisis de las citadas canciones se desprenden una serie de características que aluden al mundo rural: Ventana, balcón, pastor, labrador, ruiseñores, pajarillos, golondrinas, rosas y claveles.

A vocativos afectivos: Corazón mío, cielo, estrellitas y luceros, niña, Dios de los cielos.

Abunda fundamentalmente el léxico religioso que indica la fe cristiana del agro en otros tiempos, mucho más profunda que en la actualidad, por ejemplo: Pila del agua bendita, altar, Misa Mayor, cielo, Iglesia, Serafines. La virgen aparece bajo las advocaciones del Pilar, del Carmen, del Rosario y de la Esperanza. Entre los santos destacan San Antonio, Santo Tomás, San José, San Francisco y San Agustín.

El canon de belleza femenina es la mujer morena con ojos negros.

Aluden al cosmos: Estrellitas del cielo, luceros (referidos a los ojos), sol y luna.

En cuanto a los verbos predominan: querer, casar, amar, cantar y decir.

Ábreme la puerta, cielo, que no te vengo a reñir, que si me quieres te quiero y eso te vengo a decir.

A la Virgen del Pilar le he pedido que me quieras. Ya que no lo haces por mí, hazlo por ella si quiera.

A las puertas de la Iglesia que te vayas a casar no pierdo las esperanzas. ¡Mira qué temeridad!

A mi novio le aconsejan que no se case conmigo, que soy pobre, y él contesta: La quiero por eso mismo.

Anda diciendo tu madre que tienes un olivar, y el olivar que tú tienes es que te quieres casar.

Apenas entré en tu calle cuando me dio el resplandor, le dije a un amigo mío: En esta calle está el sol.

Aquel pajarito, madre, que canta en aquel romero, dígame usted que no cante, que está mi amante dormido.

A tu madre se lo dije, a tu padre no me atrevo. Díselo, corazón mío, que por tus amores muero.

Aunque tengas más amores que flores tiene un almendro ninguno te ha de querer como yo te estoy queriendo.

¡Ay, quién tuviera la pluma de Santo Tomás de Aquino, para escribir a su novia una carta con cariño!

Ayer en Misa Mayor me miraste y sonreíste. Así parecías a Dios como a mí me pareciste.

Cada vez que paso y miro y a la ventana no estás, voy acortando los pasos, por ver si te asomará.

Cada vez que voy a arar y tiro de los ramales, me acuerdo de aquella niña que anda por los arrabales.

Como Cristo amó a los hombres, lo mismo te quiero yo; puede que me quede corto, ¡ya ves qué comparación!

Corazón de piedra humana de diamantes embutido, no pierdas las esperanzas que yo no las he perdido.

Cuando dos se quieren bien y no se pueden hablar, los ojos sirven de lengua, para más disimular.

¿Cuándo querrá Dios del cielo que tú caigas y tropieces, y que yo sea la losa donde tú los ojos echas?

¿Cuándo querrá Dios del cielo y la Virgen del Pilar que tu ropita y la mía vayan juntos a lavar?

Cuida que Dios no te vea esos ojitos tan bellos; creerá que le has robado dos estrellitas del cielo.

De San José quiero el ramo, de San Francisco el cordón, de la Virgen la corona, de mi amante el corazón.

Debajo de tu ventana me entró el sueño y me dormí; me despertaron los gallos cantando el quiquiriquí.

Dicen que tus manos pican, para mí son amorosas; también los rosales pican y de ellos salen rosas.

Dios ha dado a mi morena además de mucha sal, pimienta, clavo y canela; por eso es tan especial.

El amor que por ti siento no sé cómo puede ser, que él es mi mayor tormento y él es mi mayor placer.

El corazón te daré, también te daré la vida. El alma no te la doy porque no es tuya ni es mía.

El día que seas mía, te tengo de regalar una medallita de oro y una Virgen del Pilar.

El día que tú naciste nacieron todas las flores y en la pila del bautismo cantaron los ruseñores.

En casa de mi cariño ponen nido en el portal, que las golondrinas vienen y las golondrinas van.

Entre claveles y rosas te he visto asomada a la reja, lo mismo que está la Virgen en el altar de la Iglesia.

Es tanto lo que te quiero que te quisiera llevar en el ojal del chaleco como Virgen del Pilar.

Estrellitas y luceros, salid a favorecedme, que la novia que tenía dice que ya no me quiere.

Gracias a Dios que he llegado al portal de la hermosura, donde se han criado el sol, la estrella y la luna.

He visto unos ojos negros en una cara morena, y si no son para mí me voy a morir de pena.

La cama donde tú duermes parece un confesionario; la cama el altar mayor, tú la Virgen del Rosario.

La luna cuando va llena no lleva tanto rigor como lleva mi morena cuando va a Misa Mayor.

La Virgen de la Esperanza, aquella que está en San Gil, aquella señora sabe, lo que yo te quiero a ti.

Las estrellitas del cielo cuéntalas de dos en dos, y si te parecen muchas, mucho más te quiero yo.

Las estrellitas del cielo están venerando a Dios; tú, como eres estrella, te estoy venerando yo.

Las golondrinas que anidan en el hierro de tu reja, en cuanto llega el invierno sólo por verte se quedan.

Las morenas son de Dios y las rubias de un platero, morena me la da Dios, que yo rubia no la quiero.

Los ojos con que le miro te ofrezco, Virgen María, porque no miran a otra, los ojos con que me mira.

Los ojos de mi morena Santa Lucía los guarde, y si no son para mí, venga un león y los rasgue.

María de los Dolores se llama la prenda mía, María de los Dolores me mata de noche y día.

María sé que te llamas y por sobrenombre Rosa. Vale más tu sobrenombre que el Pilar de Zaragoza.

Marinero, marinero, ¿qué llevas en la chalina?. Llevo rosas y claveles y el corazón de una niña.

Milagritos hace Dios, Milagros hace la Virgen, y un milagro hiciste tú el día que me quisiste.

Ni tu padre ni tu madre, ni San Antonio bendito, me pueden quitar a mí el quererte a ti un poquito.

No sé que tienen tus ojos que cuando me estás mirando, una dulce simpatía de mí se está apoderando.

Ojos de color de cielo tiene aquella labradora. Ojos de color de cielo son los que a mí me enamoran.

Ojos negros, cara blanca, tiene aquella labradora. Ojos negros, cara blanca que a todo el mundo enamora.

Ojos negros son traidores, azules escandalosos. ¡Vivan los de mi morena, que son castaños graciosos!.

Para que yo te olvidara era menester que hubiera otra tierra y otro cielo y otro Dios que dispusiera.

Parece que te estoy viendo, de rosa en la cantarera; la mujer que tiene buen marido parece moza soltera.

Por corales y por perlas no bajas, niña, a la mar. De tus dientes y tus labios se puede hacer un collar.

Por los domingos en misa nunca estoy con devoción; siempre estoy pensando en ti pa'darte mi corazón.

Por una María muero, por María moriré, y en las ansias de mi muerte a María llamaré.

¡Qué ojos más risueños tienes; qué cara tan peregrina; qué mirada tan salada: qué carnes tendrás tan finas!.

¿Qué tienes con San Antonio que tanto te acuerdas de él? San Antonio está muy alto no te puede valer.

Quisiera subirme al cielo y estampar tu nombre allí, para que el alzar los ojos, pensarán todos en ti.

Salga el sol si salir quiere y si no que nunca salga, que para alumbrarme a mí, la luz de tus ojos basta.

San Antonio, que me muero, Virgen del Carmen bendita, al lado del corazón tengo una puñaladita.

Señorita de lo verde, ¿quiere usted ser mi pastora?, que el ganado que yo guardo de lo verde se enamora.

Si el abanico se pierde, daremos con el ladrón, ya verás como lo guarda encima del corazón.

Si me quieres dímelo, y si no di que me vaya, no me tengas al sereno, que no soy cántaro de agua.

Si quieres que yo te quiera, dama bonita, has de ser como pila de agua bendita.

Si quieres que yo te quiera, ha de ser con condición, que en haciéndote la seña, has de salir al balcón.

Si San Antonio bajara y la vida me pidiera, al santo se la negara y a ti te la concediera.

Si te casas, yo me caso, si te estás moza, yo mozo, si te metes religiosa, yo me meto religioso.

Si tu madre no me quiere le echaré una maldición: que se le pierda la hija y que me la encuentre yo.

Te quiero más que a mi madre, más que a la tierra y al cielo, te quiero más que a mí mismo: quererte más ya no puedo.

Te quiero más que a mi vida, más que a mi padre y mi madre, si no fuera pecado, más que a la Virgen del Carmen.

Te quiero porque te quiero y en mi querer nadie manda. Te quiero porque me sale de los raigones del alma.

Te tengo comparada a la Virgen Carmencita: que tiene los ojos negros y la cara morenita.

Tengo que mandar hacer un San Antonio de plata, y le tengo que poner: “Antonio, tu amor me mata”.

Tengo que subir al cielo para decir al Señor que me dé pa’ que me quieras una recomendación.

Tengo una cajita de oro del tamaño de un guisante donde yo tengo encerrado el corazón de mi amante.

Tengo yo mi corazón como el de San Agustín, vertiendo gotas de sangre cuando me acuerdo de ti.

Tienes los ojitos grandes como piedras de molino, que parten los corazones como granitos de trigo.

Tienes unos ojos, niña, que parecen los luceros; alumbran de noche y día lo que no hacen los del cielo.

Todas las Marías son dulces como el caramelo, y yo como soy goloso, por una María me muero.

Todos los días de fiesta vas a Misa con tu madre. Tu madre parece el sol y tú la Virgen del Carmen.

Tus ojos y los míos se encierran en dos, como las Mandamientos de la Ley de Dios.

Un pajarillo volando lleva en el pico un letrero con letras de oro que dice “De tu amor soy prisionero”.

Una azucena es pureza, un clavel es la pasión, una rosa es la belleza y tú, mi constante amor.

Vale más la mi morena cuando viene de servir, que todas las señoritas que trae el ferrocarril.

Válgame, Dios de los Cielos, que hasta los Santos se alegran al ver que también se crían serafines en la tierra.

¡Virgen del Carmen bendita! Al lado del corazón tengo una puñaladita.

¡Viva ese garbo, morena!, ¡Viva Dios que te lo ha dado!; que entre grillos y cadenas me tienes aprisionado.

BIBLIOGRAFÍA

ALONSO CORTÉS, N.: *Cantares de Castilla*, Valladolid, Institución cultural Simancas, 1982.

PANIZO RODRIGUEZ, J.: *Habla y cultura populares de Castilla y León*, Valladolid, Gráficas Andrés Martín, es propiedad del autor, 1999.

INICIACIÓN A LA LUCHA LEONESA

Jose Antonio Robles Tascón

La lucha leonesa o aluches, como popularmente es conocida, es uno de los deportes autóctonos más antiguos de cuantos perviven en toda España. De origen guerrero y prerromano, los aluches conservan todavía el mismo sabor rural y primitivo con que nacieron. Cada verano, coincidiendo con las fiestas patronales de los pueblos, vuelven los luchadores a los prados y a las eras a practicar el noble y ancestral aluche. Los corros de aluches, típicos de una zona muy concreta de la montaña y ribera leonesas, se remontan, de forma más o menos conocida, al siglo XIV, época en que la repoblación presentaba frecuentemente peleas y combates por los pastos; ésta es la razón por la cual, desde siempre, se ha dicho que los pastores han sido siempre practicantes, transmisores y responsables de su actual pervivencia. Es bien cierto que los aluches y su práctica han tenido desde siempre mucha relación con determinadas profesiones como los ganaderos, pastores, molineros, etc.

Se podría decir que viendo la evolución de la lucha leonesa se van conociendo los cambios económicos y sociales en los que se ha visto inmerso León y, más particularmente, su zona nororiental. Además, debemos de ser conscientes que la lucha leonesa es el único deporte de combate que permanece vivo en la Península Ibérica de todas las modalidades de lucha que existían hasta este siglo XX.

El interés particular por este tema se debe a las experiencias tenidas al vivirlo de forma continua y cotidiana desde la infancia y por la falta de trabajos de carácter científico que aborden este tema desde una perspectiva más allá de lo folklórico o los últimos estudios de tipo comercial e interesados en “figurar”.

Hay que tener en cuenta que en los últimos años el seguimiento social ha crecido en progre-

sión geométrica hasta llegar a las 40.000 personas que cada verano acuden, pagando entrada, a disfrutar con sus “ídolos”. Este volumen de público es más importante si tenemos en cuenta que el 80% de las poblaciones donde se celebran los corros tienen menos de 200 habitantes y en algunas de ellas se congregan hasta 4.000 personas, multiplicando por 20 su población.

La progresiva e imparable deportivización que ha sufrido la lucha leonesa para adaptarse a los tiempos actuales hacen de esta “tradición” un asunto muy peculiar dentro del panorama deportivo leonés y de sumo interés de estudio antes de que el tiempo acabe borrando muchas de las peculiaridades que posee.

Muy a nuestro pesar, apenas disponemos de referencias escritas, puesto que la información se ha transmitido de forma oral, de generación en generación. Así, la 1.^a referencia escrita hasta hoy data de 1849 en la Enciclopedia Madoz. Sin embargo, éste que suscribe, con motivo de la realización de su tesis doctoral, ya tiene noticias de los aluches del siglo XVI. De repente la lucha leonesa ha envejecido de golpe 300 años y que sea para bien.

¿Qué ES y en qué CONSISTE? Los aluches son un deporte de combate en el que dos contendientes, con agarre fijo a sendos cinturones de cuero, trata de tirar (1) a su contrario al suelo mediante una serie de mañas (2).

La forma de agarrar es como sigue:

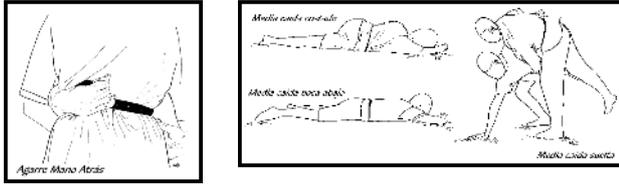
La mano derecha va colocada a la mitad de la espalda del contrario, por debajo del brazo izquierdo de éste, el pulgar por dentro y el resto de los dedos rodeando el cinto afuera y cerrando la presa junto con el pulgar.

La mano izquierda va colocada por encima del brazo derecho del contrario, en la mitad lateral-delantera del costado derecho del contrario, el pulgar por fuera de arriba hacia abajo rodeando el cinto y el resto de los dedos por dentro del cinto de abajo hacia arriba, cerrando la presa junto con el pulgar.

Existe el mismo tipo de agarre por la izquierda.

Vence el primero que en 3 minutos de combate tiene mayor puntuación o suma dos caídas (3), que es lo más habitual. Las distintas formas de puntuar son:





– Caída entera:

Cuando se consigue hacer tocar al contrario con la zona que va desde los glúteos hasta la zona cervical.

– Caída media: Cuando el contrario se suelta del cinturón; toca en el suelo con el pecho o la zona del costado.

La lucha leonesa podemos decir que pertenece a los denominados deportes multitécnicos, al igual que ocurre con otros deportes de combate como: el judo, el taekwondo, la lucha libre, la grecorromana y otras luchas tradicionales. De esta forma, al abarcar un abanico tan amplio de gestos técnicos, la preparación técnica se nos presenta como algo muy importante durante el desarrollo del entrenamiento y que se deberá tratar junto con la preparación física (sin olvidarnos, por supuesto, de la preparación táctica y psicológica).

Otro factor importante a considerar es el hecho de que en este deporte, la competición se divide en categorías diferenciadas en función del peso de los deportistas. Así se establecen 3 categorías: “Ligeros”: menos de 66 Kg., “Medios”: entre 66 y 76 Kg. y “Pesados”: más de 76 Kg. Este aspecto se nos antoja clave, en el sentido de las diferencias, tanto físicas como técnicas etc. que dentro de un mismo deporte nos vamos a encontrar, lo cual nos hará abordar de distinta forma una planificación según la categoría a la que vaya dirigida. Por lo general el uso de la fuerza y la técnica depende del nivel deportivo y peso de los luchadores. Generalmente a mayor nivel deportivo menos empleo de fuerza y más de la técnica; a mayor peso más fuerza y menos empleo de la técnica.

Respecto a las mañas o técnicas para tirar al contrario y vencerle, se debe tener muy claro que ninguna maña o técnica se realiza con una sola parte de nuestro cuerpo, sino que siempre es necesaria la combinación de varios segmentos corporales para su ejecución. Desde este nuestro punto de vista, la mayoría de las mañas son combinaciones de: pie, pierna, cadera con los brazos que siempre han de estar sujetos al cinto.

De todas formas, para una mejor comprensión y entendimiento se ha tratado de agrupar las mañas teniendo en cuenta, según nuestra opinión, la zona del cuerpo más implicada en realizar esa maña.

LAS MAÑAS DE LOS ALUCHES

DE PIE

- Trespiés
- Barrido interior
- Dedilla tobillo
- Dedilla rodilla
- Zancajo
- Toques y ganchos

DE PIERNA

- Tranque
- Rodillín
- Rodillín con cruce
- Garabito
- Gocha o tranca la gocha
- Tranque con cruce

TREN INFERIOR + CADERA

- Cadril
- Cadril-Gocha
- Cadril-Mediana
- Garbito adelante
- Mediana
- Mediana adelante
- Media vuelta
- Media vuelta-Mediana
- Media vuelta-Gocha
- Cadera
- Caderón

TREN SUPERIOR

- Voleo simple
- Voleo con cruce de Cadera
- Voleo con cruce de una Pierna
- Voleo con cruce a dos Piernas
- Voleo con cruce de Garabito
- Cadrilada
- Cadrilada con Cadera
- Cadrilada por fuera
- Cadrilada con combinaciones
- Retortijón
- Sobaquillos
- Sobaquillo con cruce
- Zancajo en el aire

NOTAS

- (1) Derribar.
- (2) Técnicas de la Lucha Leonesa.
- (3) Sinónimo de punto.

LOS MOLINOS DE LERMA (BURGOS) Y EL PATRIMONIO ETNOGRAFICO

Fernando Represa Pérez

Dentro de las posibilidades que ofrece el patrimonio cultural como recurso turístico —en función de la habilidad del responsable municipal para presentar dicho patrimonio con un discurso atractivo que articule y dé coherencia al núcleo correspondiente— tiene un papel que desempeñar el denominado patrimonio etnográfico, que forma parte importante de nuestro acervo cultural, a pesar de que en algunos casos se deje un tanto de lado (acaso por el indudable peso específico que la Historia y el Arte ejercen en la construcción identitaria de esta Comunidad Autónoma) lo cual supone una pérdida importante para aquellos que lo arrinconan en cuanto que ignoran parte de su realidad cultural, aunque no lo quieran reconocer.

Sin embargo, y centrándonos en el tema, elementos patrimoniales como los molinos en el caso que ahora nos ocupa, también poseen un valor en el Conjunto Patrimonial de una villa como Lerma con un pasado histórico evidentemente destacado. Este reconocimiento, permite ofrecer una verdadera muestra de la riqueza del lugar, pues un auténtico acercamiento a la villa se consigue a través no sólo de los grandes hechos históricos de los que el lugar ha sido testigo, sino también a través del devenir cotidiano de las gentes, que a fin de cuentas son las que han ido configurando ese núcleo denominado Lerma.

Descendiendo más a lo concreto, el objeto del presente artículo, es la afortunada recuperación de dos de los tres molinos con los que cuenta Lerma, ambos municipales, cuya antigüedad nos remonta a los tiempos del duque de Lerma. En ella, ha desempeñado un papel destacable el Instituto Nacional de Empleo a través del *Programa de Escuelas Taller y Casas de Oficios*, iniciado en 1985 “como una medida de fomento de Empleo Juvenil a través de la formación en alternancia con el trabajo y la práctica profesional y en actividades relacionadas con la *rehabilitación del patrimonio*, del medio ambiente y del entorno urbano y la recuperación de oficios artesanales” (1).

El primero de ellos, denominado “*Solacuesta*”, tras su inicial función de molino harinero, fue “reconvertido” en central eléctrica, hace unos 55 años, según recuerda nuestro cordial informante D. Eduardo Ortega (que hace posible, gracias a su tesón y valía, el *Boletín Informativo: La Voz de Lerma*). Era una central de corriente continua, que

desarrollaba unos 44 CV de potencia, la cual abastecía a una fábrica de curtidos. Junto con la central instalada en el otro molino, proporcionó las “primeras luces” al pueblo. Sobre este particular, se acuerda Eduardo del bajón que se producía por la noche cuando funcionaba únicamente uno de ellos.

Hacia el año 1978 la central fue cerrada, debido al elevado coste de mantenimiento del canal que conduce el agua al molino, siendo (como ha sido habitual hasta la fecha) vendida la maquinaria para chatarra.

Tras una laboriosa rehabilitación, el inmueble, se ha acondicionado como *albergue* (2). El interior, ofrece dos habitaciones comunes con literas y un amplio comedor presidido por la turbina de la antigua central eléctrica.

Es interesante observar los procesos que acontecen en edificios como éste, que desde su inicial construcción para un uso determinado, se mantienen a lo largo del tiempo gracias a los nuevos usos que la población le va dando en consonancia con la época.

De este molino, como antes avanzábamos, nos ofrece noticias el Catastro del Marqués de Ensenada (1752) (3):

“Un molino situado sobre el cauce que sale del río Arlanza, a distancia éste de doscientos pasos, inmediato al convento de Carmelitas descalzos, que pertenece al Excmo. Sr. Duque de Medinaceli; el que tiene quatro ruedas: las tres muelen sin intermisión y la otra sólo tres meses; y le lleva en arrendamiento Manuel, Francés, vecino de esta citada villa, en ciento y ochenta y cinco fanegas de trigo y centeno por mitad; [...]”.

El segundo molino objeto de nuestro interés, es el molino “*Pisón*”, situado a un escaso kilómetro del anterior, aguas abajo del mismo cauce —que corre paralelo a las faldas del cerro sobre el que se erige Lerma— encontrándose ubicado ya en las afueras de la localidad. Este molino como el anterior servía también de central eléctrica, si bien se ha mantenido en condiciones de uso hasta el inicio de la rehabilitación. De hecho está previsto que pueda seguir manteniendo sus funciones tras la rehabilitación, que se ha tenido que

suspender ante la desaparición de la Escuela-taller.

De este molino también nos proporciona interesantes noticias el Catastro del Marqués de Ensenada (1752) (4):

“[...] y otro, también correspondiente a su Excma., que llaman el molino del Pisón, a distancia de seiscientos pasos, situado sobre el mismo cauce; el que tiene dos ruedas en cubo, y muelen sin intermisión; y lleva en arrendamiento Juan Franco, vecino de esta villa, en trescientos y trece fanegas de trigo y centeno por mitad”.

El Catastro reseña un tercer edificio molinar, esta vez destinado a *batán*, el cual se encuentra situado sobre el arroyo ahora denominado Carrevilla, que discurre al oeste del cerro y perpendicular al cauce que alimenta los otros dos molinos. El edificio aún permanece, aunque el interior sufrió una inicial remodelación en molino harinero y posteriormente toda la maquinaria fue retirada para acondicionar el espacio como vivienda (5):

“Un batán propio del Cavildo de esta Colegial, a distancia de cien pasos, situado sobre el arroyo que llaman de Las Tenerías y huertos;

en el qual ay dos pilas, y sólo trabaja al año, por la falta de agua, nueve meses; y está arrendado a Juan de Aparicio, vecino de esta villa, en trescientos reales de vellón” (6).

NOTAS

(1) Según se señala en una publicación del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social: *Escuelas Taller y Casas de Oficios*, 1993, p. 7.

(2) El Programa de Escuelas-Taller –promovido y financiado por el M.^o de Trabajo y Seguridad Social, el Instituto Nacional de Empleo y el Fondo Social Europeo– ofrecía, en este caso, tres módulos: albañilería, jardinería y dinamización de turismo rural.

(3) *Lerma 1752*. Alcabala del Viento. Centro de Gestión Catastral y Cooperación Tributaria, Tabapress. Madrid, 1993, p. 78.

(4) *Ibidem*, p. 78.

(5) En los últimos tiempos era un molino de dos piedras que su actual propietario D. Teófilo Aparicio Rincón desmontó cuando remozó la vivienda.

(6) *Ibidem*, p. 77.

